

 HARLEQUIN™

Jazminá™

Rebecca Winters

El amor del príncipe



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Rebecca Winters. Todos los derechos reservados.
EL AMOR DEL PRÍNCIPE, N.º 2466 - junio 2012
Título original: A Bride for the Island Prince
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2012

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-0188-2

Editor responsable: Luis Pugni

ePub: Publidisa

CAPÍTULO 1

EL PRÍNCIPE Alexius Kristof Rudolph Stefano Valleder Constantinides, duque de Aurum y segundo en la línea de sucesión al trono de Hellenica, llevaba toda la mañana trabajando en su despacho cuando oyó que llamaban a la puerta.

–¿Sí? –contestó.

–¿Su Alteza? ¿Puedo hablar con usted?

–¿Qué ocurre, Hector?

El devoto asistente a la Corona asomó la cabeza por el marco de la puerta. Había sido la mano derecha del padre y abuelo de Alex y llevaba perteneciendo al personal de palacio más de cincuenta años. Si molestaba al príncipe, era por algo realmente urgente.

–Estoy revisando algunos contratos muy importantes, ¿no puede esto esperar hasta la hora de comer? –añadió Alexius.

–El director de la asociación nacional de hospitales está aquí y quiere agradecerle en persona la ayuda sin precedentes que les ha dado para construir cuatro hospitales nuevos que nuestro país necesitaba tan urgentemente. ¿Sería posible que le dedicara unos minutos?

Alex no tuvo ni que pensarlo. Aquellas facilidades debían haber sido construidas hacía mucho tiempo. Creía firmemente en mejorar la calidad de los servicios sanitarios que se ofrecían.

–Sí, desde luego. Llévelo al comedor y allí me reuniré con él.

–Se pondrá muy contento. Pero ahora debo tratar otro asunto, Su Alteza.

–Entonces pasa, no te quedes ahí, Hector.

El canoso asistente entró en el despacho.

–La reina me ha pedido que le diga que la princesa Zoe ha tenido otro de sus momentos esta mañana –dijo.

En otras palabras. Una increíble rabieta.

Alex levantó la cabeza. Su hija de cuatro años significaba más para él que la vida misma. Y estaba realmente preocupado por el cambio de actitud de la pequeña, cambio que estaba convirtiéndola en alguien cada vez más difícil de tratar.

Desafortunadamente la reina no se encontraba muy bien y Alex tenía que ocuparse de las responsabilidades reales de su hermano mayor, Stasio, mientras este estaba fuera del país. Nada de aquello ayudaba a su hija.

Durante los anteriores cuatro meses, el comportamiento de la niña había empeorado mucho. Había tenido tres niñeras en tan corto espacio de tiempo y en aquel momento estaban buscando otra. Desesperado, le había pedido ayuda a la reina Desma, su autocrática abuela, que desde la muerte de su abuelo, el rey Kristof, era la monarca de Hellenica, un país que constaba de un grupo de islas en el mar Egeo.

La reina Desma sentía debilidad por su bisnieta y le había pedido a una de sus sirvientas personales, Sofia, que la cuidara hasta que llegara la nueva niñera. Pero lo que en realidad quería era que su nieto se casara. Por decreto real, Alex solo podía casarse con una princesa y este había decidido no volverse a casar. Un matrimonio de conveniencia había sido suficiente.

Durante los anteriores días, la pequeña Zoe había pasado la mayor parte del tiempo en los aposentos de su bisabuela, que había estado intentando preparar a la niña para una nueva madre. La reina había sido quien había concertado el matrimonio de Alex con su difunta esposa, Teresa. Ambas mujeres pertenecían a la casa de Valleder.

Pero como Teresa había fallecido, Desma había estado negociando con la casa de Helvetia para acordar un matrimonio entre la princesa Genevieve y su nieto, pero él jamás aceptaría.

–Esta mañana desayuné con ella y parecía estar bien –le comentó Alex a Hector–. ¿Qué ha ocurrido para que se altere tanto con Sofia?

–No ha sido con Sofia –aclaró el asistente–. Han ocurrido dos cosas, si puedo hablar con franqueza.

Alex se sintió frustrado y muy preocupado.

–Siempre lo haces.

–Su nuevo tutor americano, el señor Wyman, ha renunciado a su cargo, y su profesor de griego, Kyrie Costas, está amenazando con hacer lo

mismo. Los dos han tenido problemas entre ambos. El señor Wyman está esperándolo en el hall. Quiere hablar con usted antes de marcharse.

Alex se levantó. Hacía tres semanas se había visto forzado a sacar a Zoe de las clases preescolares a las que había estado asistiendo tres veces por semana ya que su profesor no había logrado que participara. Temiendo que su pequeña tuviera algún problema físico, le había pedido al médico de palacio que la examinara a conciencia. Pero el doctor no había encontrado nada extraño.

Y en aquel momento su profesor de inglés había renunciado a darle clases. La difunta esposa de Alex, que había pasado muchos años de su juventud en Estados Unidos, había fallecido de una grave enfermedad cardíaca. Antes de morir, le había hecho prometer que Zoe llegaría a hablar un inglés fluido. Él había hecho todo lo que había estado en su mano para intentar cumplir el deseo de la difunta y había contratado un tutor estadounidense.

—Hazle pasar.

El profesor de inglés, de cuarenta años, había tenido unas referencias estupendas ya que había trabajado para su primo segundo, el rey Alexandre Philippe de Valleder, monarca de un principado que había junto a Suiza. Como ya no necesitaba un tutor para su hijo, el rey, que era el mejor amigo del hermano de Alex, le había recomendado al norteamericano.

—Su Alteza —dijo entonces el señor Wyman, haciendo una reverencia.

—Señor Wyman. Hector me ha comentado que ha renunciado a su puesto. ¿Es mi hija realmente tan difícil que no puede continuar dándole clases?

—Últimamente sale corriendo en cuanto me ve —contestó el hombre con sinceridad—. Creo que está asustada por algo y apenas habla. El señor Costas dice que es mi método, pero le aseguro que hay algún problema. Y yo solo soy profesor.

Desde el examen médico de Zoe, Alex se había planteado contratar un psiquiatra infantil. El señor Wyman decía que estaba asustada. Él estaba de acuerdo. Aquel comportamiento no era normal. Tal vez no tener a su madre le había acarreado a la pequeña problemas psicológicos, problemas que no habían sido reconocidos hasta aquel momento.

—Si Zoe fuera su hija, ¿qué haría?

—Bueno, creo que antes de llevarla a un psicólogo infantil intentaría descubrir si hay algún problema físico que le impida hablar tanto como debería. Si ese es el caso, quizá sea lo que está aterrorizándola.

–¿Dónde podría encontrar un médico especializado en eso? –preguntó Alex.

–En el Stillman Institute, de Nueva York. Allí se encuentran algunos de los mejores terapeutas del habla de Estados Unidos. Llevaría a mi hija allí para que la evaluaran.

–Me informaré. Gracias por su consejo y por su ayuda con la princesa Zoe. Aprecio mucho su sinceridad. Goza de mi más alta recomendación para cualquier trabajo.

–Gracias, Su Alteza. Espero que pronto se solucione el problema. Le he tomado mucho cariño a la princesa.

Una vez que el profesor se hubo marchado, Alex comprobó la hora en su reloj de muñeca. Cuando terminara de comer con el jefe de la asociación de hospitales, la clínica de Nueva York habría abierto. Iba a telefonar para hablar con el director.

Dottie Richards nunca había montado antes en helicóptero. Una vez que su avión aterrizó en Atenas, le dijeron que tardaría poco en llegar a Hellenica.

El director del Stillman Speech Institute la había elegido a ella para que se hiciera cargo de una emergencia que había surgido. Según parecía había una importante niña de cuatro años que necesitaba ser diagnosticada cuanto antes. Incluso le habían concedido una visa temporal para marcharse del país sin tener que esperar los trámites normales que se requerían para el pasaporte.

Por razones de seguridad no le habían informado de la identidad de la niña hasta que en Atenas la recibió un miembro de palacio llamado Hector. La pequeña era la princesa Zoe, hija única del príncipe Alexius Constantinides, un viudo que estaba encargándose del trono de Hellenica.

–¿Que está encargándose del trono?

–Sí, señora. El heredero al trono, el príncipe Stasio, está fuera del país. Cuando regrese, se casará con la princesa Beatriz. La boda se celebrará el cinco de julio. En ese momento, la reina Desma, la bisabuela de la princesa Zoe, renunciará al trono y el príncipe Stasio se convertirá en rey de Hellenica –explicó Hector.

Dottie escuchaba con gran atención.

–Mientras tanto... –continuó el hombre– el príncipe Alexius está encargándose de los asuntos reales. Ha sido él quien ha enviado el helicóptero para que usted pueda ver los lugares de interés mientras se

dirige al palacio, que se encuentra en la isla más grande, llamada Hellenica.

Ella se dio cuenta de que aquel era un privilegio que no se les otorgaba a muchas personas.

—Es muy amable por su parte —comentó mientras subía al aparato.

Pero en cuanto el helicóptero despegó, se sintió mareada e intentó combatir la sensación.

—¿Podría decirme qué es exactamente lo que le ocurre a la princesa Zoe?

—Eso es algo que debe hablar personalmente con el príncipe.

Oh, oh...

—Desde luego.

En ese momento, Dottie se dio cuenta de que estaba entrando en el mundo de la realeza, donde el silencio era la mejor opción de discreción. Sin duda por eso Hector había sido elegido para su cargo. Admiraba su lealtad y se lo habría hecho saber, pero en aquel momento se sintió realmente mareada y le resultó imposible hablar.

Varios años antes había visto algunas fotografías de los hermanos Constantinides en las noticias televisivas. Ambos, morenos y atractivos, habían tenido reputación de playboy. No conocía nada acerca del mundo de la realeza, aparte de su exposición a la prensa. Pero perfectamente podía haber nacido princesa si el destino lo hubiera querido. Cualquiera persona podía serlo. Después de todo, los miembros de la realeza eran seres humanos. Nacían, comían, dormían, se casaban y morían al igual que el resto de los mortales. Era lo que hacían, dónde lo hacían y cómo lo hacían lo que les diferenciaba de las masas.

Ella había sido criada por una tía soltera que ya había fallecido y su mundo no había incluido muchos cuentos de hadas. Aunque había habido momentos durante su infancia en los que había sentido curiosidad por saber cómo sería ser reina o princesa. Y en aquel momento le había surgido una oportunidad sin precedentes para descubrir cómo era.

Había oído demasiadas noticias sobre miembros de la realeza involucrados en escándalos y sentía cierta pena por ellos. Debía de ser muy duro estar permanentemente expuesto a los medios. Vivían en una peor situación que las personas famosas, cuya popularidad finalmente disminuía considerablemente. Pero un miembro de la realeza lo era para siempre y su vida siempre sería analizada con lupa. Una princesa o príncipe no podían ni siquiera nacer o morir sin despertar la atención de toda una muchedumbre. Pero como muy bien había aprendido ella durante una temprana etapa de su

vida, los problemas de un ser humano normal eran en ocasiones tan terribles que también captaban indeseada atención de la gente.

Tal y como le había ocurrido al rey Jorge VI de Inglaterra, su severo problema de tartamudeo se había convertido en una agonía. Aunque estaba claro que ser humano y miembro de la realeza al mismo tiempo debía de ser el doble de duro.

A sus veintinueve años y habiendo superado hacía tiempo su problema de habla, a ella le encantaba su anonimato. En ese aspecto sentía compasión por la pequeña princesa que ni siquiera había conocido todavía. La pobre niña ya era examinada con lupa y lo seguiría siendo durante el resto de sus días. Si tenía un problema de habla o algo más importante, finalmente se acabaría sabiendo. Pensó que debía hacer todo lo posible para ayudar a la pequeña.

Tras un rato se sintió extremadamente mareada. No había disfrutado en absoluto de las maravillosas vistas que se divisaban desde el helicóptero. En cuanto aterrizaron y la guiaron hasta el dormitorio que iba a utilizar en palacio, vomitó y se acostó de inmediato.

¡No volvería a montar en helicóptero!

Alex miró a su viuda abuela, que todavía tenía mucha cantidad de su canoso pelo a los ochenta y cinco años. Pero había empezado a cansarse con más facilidad y permanecía mucho tiempo en sus aposentos. Sabía que estaba más que preparada para que Stasio la relevase en el trono.

Nadie esperaba con más ansias que él el regreso de Stasio. Cuando su hermano se había marchado el uno de abril, había prometido regresar a mediados de mayo, pero ya estaban a finales de dicho mes y faltaban solo cinco semanas para su boda. Él necesitaba dejar de tener que ocuparse de las responsabilidades de palacio para dedicarle tiempo a Zoe. Tenía puestas muchas esperanzas en que aquella logopeda que le habían recomendado en la clínica de Nueva York pudiera darle algunas respuestas definitivas. Sería un gran paso ya que su hija estaba cada día más infeliz.

—Gracias por el desayuno —le dijo a su abuela—. Si me disculpáis, tengo que ir a ocuparme de algunos asuntos. Pero regresaré —añadió, dándole un beso a su hija, que estaba jugueteando con la comida—. Pórtate bien con Yiyia.

Zoe asintió con la cabeza.

Tras hacer una reverencia ante su abuela, se marchó de la sala y se dirigió a su despacho, que estaba en el otro extremo de palacio. Había

querido conocer a la señora Richards la noche anterior, pero Hector le había dicho que la mujer nunca había montado en helicóptero antes y que se había mareado durante el vuelo. No le había quedado más remedio que esperar a aquella mañana.

Sabía que no debía preguntarle a Hector qué aspecto tenía la mujer; le respondería que no era nadie para juzgarlo. La tendencia del asistente a no cotillear era una valiosa cualidad que él valoraba mucho... pero que en ocasiones le sacaba de quicio.

Durante años, su hermano mayor había acusado a Hector de no ser humano. Alex pensaba que el asistente irritaba tanto a Stasio porque este había crecido sabiendo que un día sería rey y Hector suponía un recordatorio permanente de su obligación con su pueblo, así como de que debía casarse con la princesa Beatriz y dar herederos a la corona.

Como la reina, que quería más bisnietos por la gloria de Hellenica, él tenía muchas ganas de que su hermano le diera primos a Zoe. A su pequeña le encantaría tener un bebé alrededor. Le había pedido una hermanita, pero todo lo que le había respondido él había sido que su tío Stasio tendría un heredero en poco tiempo.

Cuando llegó a su despacho, frunció el ceño al leer el fax que le había enviado su hermano, que todavía se encontraba en Valleder.

Lo siento, hermanito, pero los negocios me mantendrán por aquí durante otra semana. Dile a Yiayia que regresaré pronto a casa y dale a Zoe un abrazo de parte de su tío. Sigue como hasta ahora; estás haciendo un trabajo maravilloso. Stasi.

—¿Su Alteza? Le presento a la señora Richards.

Alex levantó la cabeza. Hector había entrado en el despacho sin que él se hubiera dado cuenta. Estaba carraspeando. Una mujer con un aspecto muy estadounidense lo acompañaba. Era más alta que la mayoría de mujeres y llevaba su pelo castaño claro arreglado en un moño. Pero él estaba tan decepcionado, incluso enfadado, ante las noticias que había recibido de su hermano, que había olvidado que el asistente iba a ir a verlo.

—Un mes, hermanito —había asegurado Stasio antes de marcharse—. Es todo lo que necesito para llevar acabo algunos negocios bancarios lucrativos. Philippe está ayudándome.

Pero Stasio llevaba fuera mucho más tiempo y él no estaba muy contento. Tampoco lo estaba la reina, ni el primer ministro ni el arzobispo, que estaban ansiosos por tratar con él el tema de la coronación y la boda

real.

Dejando a un lado sus sentimientos, se levantó.

–Bienvenida a Hellenica, señora Richards.

Ella hizo una torpe reverencia, sin duda entrenada por Hector. Alex odió tener que admitir que la logopeda tenía un aspecto muy agradable, juvenil, incluso atractivo. Llevaba una blusa color azul pálido y una falda que le marcaba su delgada cintura. No había pretendido quedarse mirándola, pero parecía que sus ojos tenían voluntad propia y no podían dejar de disfrutar de sus femeninas curvas y de sus largas piernas.

Se forzó a mirarla a la cara y le impactó la preciosa boca que tenía y el intenso color azul de su mirada. Le recordaba a los acianos que crecían salvajes en Aurum, su lugar habitual de residencia.

Echaba de menos la privacidad de su palacio, donde se ocupaba de sus obligaciones reales alejado de Hellenica. La isla en la que se encontraba Hellenica atraía muchos turistas, pero Aurum no tanto. No deberían molestarle los turistas ya que suponían una de las mayores fuentes de ingresos de su país, pero debido a la angustiosa situación de su hija, todo le afectaba... sobre todo la mujer que tenía delante.

–Me han dicho que lo pasó mal durante el trayecto en helicóptero. Espero que se encuentre ya mejor.

–Mucho mejor, gracias. Las vistas eran espectaculares.

–Lo poco que vio debido a lo mareada que estaba –comentó Alex.

–Efectivamente –concedió Dottie–. Vi poco. Siento que su intento de que disfrutara del trayecto en helicóptero no resultara como había esperado –añadió con gran franqueza–. ¿Veré a su hija esta mañana?

–Sí –respondió él, mirando a Hector a continuación–. ¿Podrías pedirle a Sofia que traiga a Zoe?

El asistente hizo una breve reverencia y se marchó del despacho. Alex se acercó entonces a Dottie y la invitó a sentarse en un sillón que había en la sala.

–¿Le gustaría tomar café o té?

–No, gracias –dijo ella, sentándose–. Acabo de tomar un té. Pero, por favor, usted tome si quiere.

Si quiere... Aquella pedagoga había resultado ser toda una sorpresa. Parecía muy tranquila, lo que no siempre era el caso con los extraños que conocían al príncipe por primera vez.

–Mi jefe, el doctor Rice, me comentó que su hija está teniendo problemas para comunicarse, pero no me dio ningún detalle. ¿Cuánto hace

que falleció su esposa?

—Dos años.

—Y ahora Zoe tiene cuatro años. Eso significa que no tiene ningún recuerdo de su madre salvo lo que usted le haya contado y, claro está, las fotografías. ¿El embarazo de su hija fue a término?

—No. Zoe nació seis semanas antes de que mi esposa saliera de cuentas y estuvo ingresada en el hospital durante casi un mes. Yo temí que fuéramos a perderla, pero finalmente se recuperó.

—¿Ha tenido problemas con el habla desde siempre?

—No sé lo que es normal o no. Como nunca antes había estado en contacto con niños, no tenía con quién comparar su desarrollo. Todo lo que sé es que es difícil entenderla. La reina y yo estamos acostumbrados a ella, pero durante los anteriores meses su comportamiento se ha vuelto muy rebelde y hemos perdido a sus profesores de arte, inglés y danza, así como a tres niñeras. Su profesor de griego se ha rendido y su profesora de preescolar no puede hacerse con ella.

—Normalmente son las personas que se encargan de la educación de los niños las que se dan cuenta primero de si hay algún problema. ¿Era su esposa la que se ocupaba de la niña?

—Sí, pero estuvo mucho tiempo enferma del corazón y la niñera era la que realmente se encargaba de Zoe. Yo me ocupaba de mi hija por las tardes, pero no fue hasta hace dos semanas que empecé a preocuparme por ella de verdad, cuando tuve que sacarla del colegio. Había asumido que al haber sido un bebé prematuro simplemente le costaba más mantener el ritmo de los demás.

—¿La ha examinado el pediatra?

—Sí.

—Y no tiene ningún problema de corazón, ¿verdad?

Alex negó con la cabeza.

—Incluso la llevé a mi propio especialista para que me diera una segunda opinión. Ninguno de los dos médicos encontró que tuviera ningún problema físico. Ambos me dieron el teléfono de un psiquiatra infantil para intentar descubrir si había algo que estuviera provocando su retraso en el habla. Pero antes de hacerlo decidí aceptar el consejo del profesor Wyman; me recomendó llevarla al Stillman Institute para obtener un diagnóstico antes de hacer nada más.

—Ya veo. ¿Qué clase de comportamiento manifiesta su hija?

—Últimamente, cuando se acerca el momento de sus clases, le dan

rabietas y llora de manera histérica. Todo lo que quiere hacer es esconderse en su cama o correr al dormitorio de su bisabuela para que esta la consuele.

—¿Y su apetito?

Aquella mañana Zoe solo le había dado unos pocos bocados a su desayuno, lo que también tenía muy alarmado a su padre.

—No es muy bueno.

Dottie analizó con la mirada las facciones de Alex como si estuviera intentando verlo por dentro.

—Debe de estar desesperado.

—Sí —murmuró él, pensando que aquella era la palabra perfecta para describir su estado mental.

La señora Richards era muy sagaz y, al contrario del resto de la gente en su presencia, salvo la reina y Stasio, decía lo que pensaba.

—Imáginese a su hija sintiendo lo mismo y multiplíquelo por cien —comentó ella.

Alex parpadeó. Aquella observación le hizo darse cuenta de que tal vez la pedagoga sabía de lo que estaba hablando. Mientras estaba muy pensativo, apareció Zoe de la mano de Sofia. Hector entró en el despacho tras ellas.

—¿Zoe? —dijo Alex—. Acércate.

Vacilante, la pequeña dio un paso hacia delante.

—Esta es la señora Richards —continuó él—. Ha venido desde Nueva York para verte. ¿Puedes saludarla?

La niña miró a Dottie y su cara reflejó un gran dolor. Alex conocía aquella expresión. Todo lo que respondió la pequeña fue que quería a su «yiyia». A continuación comenzó a llorar y se marchó corriendo del despacho. Sofia se apresuró a ir tras ella.

Alex se acercó a la puerta y llamó a su hija, pero inesperadamente Dottie terció en la situación.

—Deje que se marche.

Aquella orden sorprendió mucho al príncipe. Aparte de su difunto padre, nadie le había hablado jamás de una manera tan imperativa. Y mucho menos sobre su hija.

—Probablemente Zoe ha supuesto que soy su nueva niñera —añadió Dottie con un tono de voz más dulce—. Es normal que haya salido corriendo; se siente desesperada. Lo primero que quiero que haga es que la lleve a un buen otorrinolaringólogo.

Alex frunció el ceño y tuvo que contener su enfado.

—Como ya le he explicado, le hemos hecho a Zoe dos exámenes físicos completos.

—No me refiero a ese tipo de exámenes. Un niño o un adulto con problemas de habla podría tener una acumulación de cera que no se apreciara en un examen físico normal por estar muy profunda. Si a los oídos de su hija no les ocurre nada y yo no puedo ayudarla, deberá llevarla a un psiquiatra infantil para que descubra qué le ocurre.

Tras explicar aquello, Dottie hizo una pausa.

—Por ahora, veamos si tiene acumulada más cera de lo normal en los oídos —continuó—. Si ese es el caso, deberán limpiársela para poder incrementar su audición. Si no, no podrá oír bien los sonidos y no será capaz de imitarlos.

—¿Por qué tendría una gran cantidad de cera acumulada?

—¿Le duelen los oídos frecuentemente?

—Un par de veces al año.

—Puede ser que sus conductos auditivos no expulsen la cera como es debido.

Enojado consigo mismo, Alex apretó los puños. Se preguntó por qué no había pensado en eso.

—Ni siquiera un príncipe puede saberlo todo —comentó ella, dejando claro que sabía lo que estaba sintiendo él—. ¿Concertará una cita con un buen otorrinolaringólogo? Cuanto antes lo haga, mejor, ya que yo no puedo comenzar con mis exámenes hasta que no conozcamos los resultados.

A Alex no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Pero como estaban hablando de Zoe, guardó las formas.

—Haré que un especialista la vea hoy mismo —aseguró.

—Bien. Infórmeme de los resultados y trabajaremos según lo que estos digan —respondió Dottie, girándose hacia la puerta.

—No le he dicho que puede retirarse todavía, señora Richards.

Ella se dio la vuelta.

—Perdóneme. Y, por favor, llámeme Dottie —dijo, mirándolo con inocencia—. Jamás he trabajado para miembros de la realeza. Es una nueva experiencia para mí.

—Miembros de la realeza o no, ¿siempre se marcha de una conversación sin que esta haya terminado? —preguntó él.

—Pensaba que había terminado —afirmó ella—. Su pequeña es tan adorable que espero llegar al fondo del problema cuanto antes. Me temo que estoy demasiado centrada en mi trabajo, Su Alteza.

Alex fue consciente de que aquella mujer era diferente a cualquier otra que hubiera conocido. No era precisamente grosera, pero definitivamente no era nada servil. No sabía qué pensar de ella. Pero parecía sincera en lo que a Zoe se refería.

–Me alegra que esté centrada en su trabajo –dijo con honestidad–. Mi hija es la luz de mi vida.

Los ojos de Dottie reflejaron un fugaz dolor.

–Es un hombre afortunado al tener a Zoe... aunque sea príncipe.

–¿Aunque sea príncipe? –repitió él, impresionado.

–Lo siento –respondió ella, negando con la cabeza–. Quise decir... que, bueno, todos asumimos que a los príncipes se les da todo en la vida y que tienen mucha suerte. Pero ser el padre de una niña tan encantadora le hace tener más suerte aún.

Aunque dijo aquello sonriendo, Alex se percató de la tristeza que reflejaron sus palabras.

Más tarde de haberle permitido que se retirara y haber concertado una cita con un otorrinolaringólogo, la sombra que había visto en aquellos ojos azules continuó aturdiéndole...

CAPÍTULO 2

DOTTIE permaneció en su dormitorio durante la mayor parte del día. Estuvo dándole vueltas a una situación sobre la que no podía hacer mucho.

«No le he dicho que puede retirarse todavía, señora Richards ».

Aquella leve reprimenda había salido de los labios de un príncipe arrebatadoramente guapo. Era alto y musculoso como un dios griego y tenía un cabello y ojos negros preciosos. Sus masculinas facciones, su cincelada barbilla... todo en él lo hacía diferente a otros hombres.

Pensó en el agradable aroma que había desprendido su piel y deseó no haberlo hecho, ya que detalles como aquel le recordaban que bajo aquel manto real se escondía un ser humano normal.

Había empezado a tener dudas de si era la persona adecuada para aquel trabajo. El doctor Rice, el jefe de su departamento en el Stillman Institute, le había dicho que la había elegido a ella para aquel caso debido a su propia experiencia personal. Pero debía haberle informado de que iba a enviarla al seno de una familia real.

La atmósfera que se respiraba en aquel palacio era distinta a cualquier otra que hubiera conocido y necesitaba tiempo para acostumbrarse. Tenía que enfrentarse a muchas cosas, a la rigidez, al protocolo, a los profesores, a los tutores, a un príncipe que había tenido que obedecer una rígida agenda durante toda su vida y a una princesa sin madre...

Una niña normal habría entrado en el despacho y habría abrazado a su papi sin pensarlo dos veces, pero el protocolo real había contenido a Zoe de hacer lo que seguramente le había apetecido. Aquello tenía que ser demasiado para una niña. Finalmente había roto las rígidas normas reales y

había salido corriendo por el pasillo alborotando al hacerlo sus oscuros rizos castaños. La hermosa niña no había podido soportar aquello durante más tiempo.

Sintió una enorme pena por la pequeña. Era una niña realmente guapa. Obviamente había heredado la belleza de su padre y seguramente de su madre también.

Las vagas imágenes que recordaba del príncipe Alex y del hermano de este habían sido captadas cuando ambos habían sido unos jóvenes y seductores príncipes que habían enamorado a un sinnúmero de mujeres en Europa. Desde aquel entonces, el padre de Zoe se había convertido en un hombre casado que había perdido a su esposa demasiado pronto. Muy trágico para él, pero más aún para una niña que debía crecer sin su madre.

Sabía que en aquel momento era la enemiga principal de Zoe y debía tener cuidado con la manera en la que se acercaba a la pequeña para valorarla. En poco tiempo descubriría si el problema de Zoe era físico o psíquico... o una combinación de ambos.

Tras suspirar profundamente, se comió la comida que una sirvienta le había llevado en una bandeja. Más tarde, otra sirvienta le ofreció deshacer las maletas por ella, pero Dottie le dijo educadamente que no. Podía hacerlo por sí sola. De hecho, no quería deshacer las maletas por completo por si tenía que marcharse de palacio. Si la pequeña princesa tenía un problema que se encontraba fuera del ámbito de su experiencia, en poco tiempo regresaría a Nueva York.

A las cinco de la tarde, el teléfono que había junto a la cama de matrimonio del dormitorio que estaba ocupando sonó. Era Hector. El príncipe deseaba hablar con ella en su despacho. Iba a enviar a una sirvienta para que la acompañara.

Estuvo a punto de decirle al asistente que podía encontrar el camino sola, pero se contuvo. Le dio las gracias y fue al cuarto de baño para refrescarse. A los pocos minutos llegó una sirvienta que la guió hasta el despacho del príncipe, que se encontraba en la planta principal de palacio. Alex estaba esperándola.

Por deferencia, esperó a que él hablara. Parecía que tenía algo importante que decirle.

—Siéntese, por favor —le dijo.

Ella obedeció, ansiosa por conocer el resultado del examen al que se había sometido Zoe.

—Una vez que logramos que Zoe cooperara, el doctor encontró una

cantidad desorbitada de cera adherida a sus tímpanos. Se lo limpió y una vez que lo hizo le preguntó si podía oír mejor. Aunque mi hija lo pasó muy mal mientras le quitaba la cera, sonrió. A continuación le hicieron pruebas para ver si oía bien y tiene una audición perfecta.

—¡Oh, eso es maravilloso! —exclamó Dottie, contenta.

—Sí. Mientras volvíamos a palacio me di cuenta de que comprendía más palabras de las que se le decían. Sus ojos reflejaban comprensión.

A pesar de la formalidad del príncipe, ella se dio cuenta de que estaba muy aliviado ante aquellas estupendas noticias.

—Es un comienzo excelente, Su Alteza.

—¿Cuándo quiere comenzar a hacerle pruebas?

—Mañana por la mañana. Pero debe dormir bien durante la noche. Después de lo que ha pasado hoy, no es bueno que se angustie de nuevo.

—Estoy de acuerdo —respondió Alex con la emoción reflejada en la voz—. ¿Dónde le gustaría realizarle las pruebas?

Como el príncipe estaba de pie, Dottie se levantó.

—Si le preguntara a Zoe cuál es su lugar de juegos favorito, ¿qué le contestaría?

Alex se quedó pensativo durante unos segundos.

—El jardín que hay junto a mi dormitorio.

Aquello no sorprendía a Dottie. La pequeña quería estar junto a su padre sin que hubiera nadie más a su alrededor.

—¿Juega allí frecuentemente?

Él respiró profundamente.

—No. No puede hacerlo a no ser que yo esté allí también —contestó—. Y normalmente trabajo hasta más tarde de que ella se vaya a la cama.

—¿Y por las mañanas?

—Mientras hemos estado en palacio, siempre he desayunado con ella en las habitaciones de la reina. Zoe se encuentra muy cómoda allí.

—Me refiero a antes del desayuno.

—Yo hago gimnasia y Zoe tiene clase de natación.

Dottie tuvo que contenerse para no mostrar su consternación ante aquel estricto régimen.

—¿Entonces cuándo juega con usted en el jardín? —preguntó.

El príncipe esbozó una mueca.

—El domingo por la tarde, después de ir a misa y comer. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Estoy intentando hacerme una idea de su día y de su relación con

usted. ¿Cuándo recibe su clase de griego?

—Antes de la cena.

—¿Usted no cena con ella?

—No.

Oh. Pobre Zoe.

—Dijo que estuvo yendo a un colegio de preescolar hasta hace dos semanas, ¿no es así?

—Sí. Asistía dos horas los lunes, miércoles y viernes. Pero no he vuelto a llevarla por las razones que ya conoce.

—¿Cuándo juega con amigos?

—¿Se refiere aparte de con los del colegio?

—Sí. ¿Tiene amigos aquí en el palacio?

—No. Pero nosotros normalmente vivimos en Aurum, donde tiene varios.

—Ya veo. Gracias por colaborar. ¿Podría examinar a Zoe el jardín de su dormitorio? Creo que será más receptiva en un lugar en el que está realmente feliz y tranquila. Si usted también estuviera allí, se encontraría aún más tranquila. Pero con la agenda tan apretada que tiene supongo que no será posi...

—Encontraré tiempo para ello —declaró Alex, interrumpiéndola.

—Eso sería ideal —respondió Dottie—. Es importante que yo observe cómo interacciona con usted. Antes de que usted vaya, quiero prepararlo todo en el jardín con algunas cosas que he traído.

—¿Cuánto tiempo necesita? —quiso saber Alex.

—Unos minutos.

Él asintió con la cabeza.

—Enviaré una sirvienta a las ocho para que la acompañe.

Zoe y yo nos reuniremos con usted a las ocho y veinte. ¿Le parece bien?

—Solo si le parece bien a usted, Alteza —respondió ella.

Al estar tan cerca del príncipe, pudo ver como un nervio le palpitaba junto a su atractiva boca. Tenía una tensa expresión reflejada en los labios.

—Por si no lo he dejado claro, permítame que se lo repita; mi hija es mi vida. Eso la convierte en mi prioridad principal.

—Lo sé —murmuró Dottie, que creía a Alex—. Mientras yo esté aquí, también es la mía.

—Le he dicho a Hector que se asegure de que usted está cómoda durante su estancia en palacio. Pueden servirle la cena en el comedor de invitados

de la segunda planta o si lo prefiere llevársela a su dormitorio. Lo que usted quiera. En cuanto desee o necesite algo, lo único que tiene que hacer es tomar el teléfono y Hector se encargará de ello.

–Gracias. Hector es tan perfecto que apenas puedo creer que sea real.

–Mi hermano y yo llevamos diciendo lo mismo de él desde hace años – comentó Alex con una inesperada alegría reflejada en los ojos.

Al ver aquella prueba de que el príncipe tenía momentos humanos, ella sintió como una intensa, inesperada e indeseada emoción la embargaba por dentro...

–Si te comes los huevos, tengo una sorpresa para ti –le dijo Alex a su pequeña.

Zoe giró la cabeza y miró a su padre con la emoción reflejada en la cara.

–Esta mañana voy a pasar tiempo contigo y he pensado que podíamos jugar en el jardín de mi dormitorio. Por eso le he dicho a Sofia que te dejara llevar pantalones.

La niña emitió un grito de alegría y dio varios bocados a su comida. La reina le dirigió a Alex una mirada con la que le dejó claro que esperaba que aquella sesión con la pedagoga no fuera a ser una pérdida de tiempo. El príncipe esperaba lo mismo. Nadie deseaba obtener resultados más que él. Tras unos segundos, se levantó.

Una vez que Zoe se terminó su zumo, se levantó a su vez y comenzó a alejarse. Su padre la reprendió.

–Debes pedir permiso para levantarte de la mesa.

La niña se giró entonces hacia su abuela.

–¿Puedo ir con papi, Yiayia?

La reina asintió con la cabeza.

–Pásalo bien.

Alex gimió en silencio al recordar la manera en la que su hija se había marchado corriendo de su despacho el día anterior tras dirigirle una mirada a Dottie.

Zoe lo tomó de la mano y ambos se dirigieron a su habitación. Cuando él se dio cuenta de lo emocionada que estaba su pequeña al estar en su compañía, se sintió más molesto aún con Stasio.

En cuanto su hermano regresara de Valleder, tenía planeado tomarse un tiempo libre para estar con su pequeña.

Mientras había tenido que estar en palacio haciendo el trabajo de Stasio

más el suyo propio, apenas había tenido un minuto para estar con Zoe. Tal vez podrían disfrutar juntos de unas minivacaciones.

Las cortinas que daban al jardín estaban abiertas. Zoe corrió delante de él. Pero repentinamente se detuvo al ver a la mujer que estaba sentada en el césped con unos pantalones vaqueros y una camiseta naranja.

—Hola, Zoe —dijo Dottie, sonriendo—. ¿Crees que tu padre puede alcanzar esto? —preguntó, lanzándole a Alex una pelota de ping pong.

Cuando él la agarró con su mano derecha, la niña gritó, sorprendida. Entonces el príncipe se la lanzó a Dottie, que tomó la pelota con su mano izquierda.

—Muy bien, papi —comentó, tuteándolo—. Zoe y tú sentaos y estirad las piernas. Nos pasaremos unas pelotas —añadió, sacando de una bolsa una pelota multicolor. A continuación estiró sus largas piernas.

Impactado ante aquellas confianzas, Alex fue consciente de que su hija estaba tan impresionada por lo que estaba pasando que se olvidó de estar asustada y se sentó en el suelo. Dottie le pasó la pelota a la pequeña, que a su vez se la lanzó a ella. Entonces le tocó a él. Estuvieron pasándose la pelota unos a otros. Poco después, la pedagoga sacó una pelota de goma y se la lanzó a Zoe tras haberle lanzado la de plástico.

La pequeña se rio al intentar no parar el juego y utilizó ambas manos para lanzarle una pelota a Dottie y otra a su padre.

—¡Bien pensado! —la elogió Dottie—. ¿Lo intentamos con tres pelotas?

—Sí —respondió Zoe, emocionada.

Dottie sacó de la bolsa otra pelota más y le lanzó las tres a padre e hija. Zoe terminó riéndose a carcajadas.

—Eres muy buena en esto. Creo que podemos intentar otra cosa. ¿Vemos quién salta mejor? —sugirió la pedagoga, sacando de la bolsa una cuerda de saltar. Entonces se levantó—. Venga, Zoe. Sujeta tú este extremo que yo sujetaré el otro. Tu papi va a saltar primero. Tienes que hacer círculos grandes como estoy haciendo yo o la cuerda le dará en la cabeza.

—Oh, no —dijo la pequeña, compungida.

—No te preocupes —añadió Dottie—. Tu papi es un chico grande. No le hará daño.

Zoe analizó a su padre con la mirada.

—¿Eres un chico?

—Sí, uno muy grande —respondió Dottie por él.

La niña se rio y en poco tiempo utilizó todo su poder de concentración para darle vueltas a la cuerda correctamente. Lo hizo de maravilla.

–Puedes saltar en cualquier momento, papi –le dijo a Alex tras el cuarto intento de este de saltar.

El príncipe se animó... pero tras dos saltos la cuerda se le enredó en los hombros.

–Ahora le toca a Zoe –anunció Dottie–. ¿Cuántas veces seguidas puedes saltar?

–Cinco... –contestó la niña.

–Bueno, me gustaría verlo. En cuanto estés preparada, salta. No pasa nada si tardas mucho en conseguirlo, Zoe. Tu papi no va a ir a ningún lado, ¿verdad?

–Estamos los dos en tus manos, Dorothy –dijo él. Sabía que aquel era el verdadero nombre de Dottie ya que había leído la información adicional acerca de la pedagoga.

–Nadie me llama por mi nombre completo –le explicó ella a Zoe mientras continuaba dándole vueltas a la comba–. Puedes llamarme Dottie.

Tras ocho intentos, la niña finalmente logró saltar.

–¡Bien hecho, Zoe! –exclamó Dottie, dando palmas–. La próxima vez saltarás más.

Entonces apartó la cuerda y buscó algo en su bolsa de los trucos.

–Para este juego debemos apoyarnos en nuestras tripas.

A Alex le impresionó mucho ver que su hija hacía lo que la pedagoga pedía sin rechistar.

Dottie colocó veinticuatro cartas bocabajo en el suelo en cuatro montones y le dio la vuelta a una.

–¿Sabes qué es esto, Zoe?

La niña asintió con la cabeza.

–Un cerdo.

–Sí. Hay otra carta exactamente igual a esta. Tienes que recordar dónde está esta carta y encontrar la otra. Cuando lo logres, las colocas juntas y las apartas a un lado. Tienes una oportunidad. Adelante.

Zoe le dio la vuelta a otra carta.

–¿Qué es? –preguntó Dottie.

–Una ballena.

–Sí, pero no es un cerdo, así que tienes que dejar la carta en el montón. Papi, es tu turno.

Alex le dio la vuelta a una de las cartas.

–Un tigre, papi –dijo la niña.

Antes de responder, él vio que tanto Dottie como Zoe miraban hacia la

habitación. Frustrado, se giró para ver quién les había interrumpido.

—¿Hector?

—Perdóneme, Su Alteza. Tiene una llamada telefónica urgente desde Argentum.

Alex pensó que aquello debía de ser una emergencia ya que, si no, Bari le habría enviado un correo electrónico. Barisou Joufflas era el ingeniero jefe de minas de la isla Argentum y su mejor amigo desde la universidad. Se levantó, temiendo que Zoe fuera a enfadarse mucho. Pero, asombrado, vio que Dottie la tenía completamente absorta en el juego de las cartas.

—Volveré en cuanto pueda.

Dottie asintió con la cabeza.

—Adiós, papi —dijo su hija, demasiado ocupada en encontrar una determinada carta como para mirarlo.

¿Adiós, papi? Impresionante. ¡Ninguna pataleta porque se marchaba!

De reojo, Dottie observó al príncipe mientras se alejaba y sintió cierta decepción por la pequeña Zoe. Se lo habían pasado muy bien juntos y sabía que él no había querido marcharse, lo intuía. Pero había ocasiones en las que los asuntos del reino debían ser prioritarios. Lo comprendía y lo perdonaba.

Tal vez Alex tardara un rato en regresar y ella todavía tenía algunas pruebas que realizar, pruebas que preferiría hacer fuera del palacio. Aquel momento era perfecto ya que Zoe estaba muy receptiva. Su forma de hablar era casi incomprensible, pero era muy inteligente y ella comprendía la mayor parte de lo que quería decir debido a todos los años de formación y experiencia que tenía.

—¿Zoe? —dijo una vez que hubieron terminado el juego de las cartas—.

¿Quieres venir a la playa conmigo?

Emocionada, la niña dio palmas.

—Muy bien, entonces vamos —respondió Dottie, sacando una bolsa con objetos de la bolsa más grande que había llevado consigo—. ¿Podemos ir directamente desde aquí?

—¡Sí! —contestó la pequeña, corriendo hacia las escaleras que había en un extremo del jardín.

Dottie la siguió. Aquellas escaleras llevaban directamente a la playa.

Hacía un hermoso día caluroso. En cuanto estuvieron junto al mar, tomó un tubo de protector solar de la bolsa y echó crema a ambas. A continuación sacó dos sombreros para que se los pusieran. Y una pala.

—Mira, toma esta pala. ¿Puedes enseñarme cómo haces un castillo de

arena?

La pequeña hizo un castillo de arena y Dottie comenzó a hacerle preguntas para avanzar en las pruebas.

—Me gusta tu castillo. Quitémonos los zapatos y vayamos a la orilla del mar —sugirió en un momento dado—. Tal vez podamos encontrar algunas piedras bonitas para decorar las paredes.

Estuvieron diez minutos tomando piedras que después Zoe colocó en el castillo. Dottie realizó algunas fotografías con su teléfono móvil.

—Tienes que enseñarle estas fotografías a tu padre. Ahora creo que ha llegado el momento de ponernos los zapatos y regresar a palacio. Tengo hambre y sed. Seguro que tú también. Permíteme que te quite la arena de los piecitos...

La niña se rio a carcajadas al tocarle los pies Dottie y aquella risa le recordó a esta la de su pequeño. La emoción se apoderó de ella.

—¿Señora Richards? —dijo repentinamente una voz masculina.

Dottie se levantó a toda prisa e intentó controlar las lágrimas. Un barco patrulla había atracado en la orilla y dos hombres se habían acercado a ellas.

—¿Sí? —respondió, abrazando a Zoe por los hombros—. ¿Ocurre algo?

—El príncipe Alexius ha estado buscándola. Quédese aquí. Él se reunirá con ustedes en unos momentos.

Ella pensó que había hecho algo malo. De inmediato divisó al príncipe bajando por las escaleras de palacio que llevaban a la playa. Iba muy rápido. Aquella imagen provocó que se estremeciera.

Cuando Alex llegó junto a ellas, les indicó a los miembros de seguridad que se retiraran.

—Mira lo que he hecho, papi... —dijo Zoe, completamente ajena a lo que estaba ocurriendo.

Mientras la niña le contaba a su padre todo lo que habían hecho en la playa, Dottie volvió a meter en la bolsa la pala y el cubo que la pequeña había utilizado. Cuando se dio la vuelta, vio que el príncipe estaba agachado y observando la obra de arte de su hija. En un momento dado le dirigió a ella una penetrante mirada y le habló en voz baja.

—En estas aguas hay piratas que esperan una oportunidad como esta para...

—Comprendo —interrumpió Dottie, sintiéndose enferma—. Lo siento. Juro que no volverá a ocurrir.

—Sin duda —afirmó un enojado Alex, tomando a su hija de la mano. Se

dirigió a las escaleras de palacio.

—Vamos —le dijo Zoe a Dottie.

Dottie los siguió sin poder apartar la mirada de la excelente musculatura que se intuía bajo la ropa del príncipe. Cuando este iba por la mitad de las escaleras, tomó a su hija en brazos y continuó hacia el jardín de palacio.

—La reina está esperando a Zoe para que coma con ella —informó cuando Dottie los alcanzó—. Una sirvienta espera fuera de mi dormitorio para acompañarte a tu habitación. He pedido que te lleven la comida allí en una bandeja. Hablaremos después —añadió antes de alejarse.

Una vez en su habitación, Dottie decidió darse una ducha para intentar controlar sus emociones. No importaba que lo hubiera hecho sin querer; había puesto en peligro la vida de la princesa. No podía soportar la idea de que Zoe hubiera sido secuestrada. El príncipe estaba en todo su derecho de decirle que se marchara en el siguiente vuelo a Atenas que saliera.

Cuando se hubo secado, se puso un vestido blanco de lino y unas sandalias. Nerviosa, esperó a que Alexius fuera a decirle que ya no requerían más sus servicios. Al regresar al dormitorio desde el cuarto de baño que había en la habitación, oyó que llamaban a la puerta. Abrió y vio que era una sirvienta que dejó una bandeja con comida en la mesa que había en la alcoba.

Como no tenía apetito, todo lo que hizo fue beberse el té helado que también le habían llevado. Al terminarse el segundo vaso, oyó que llamaban de nuevo a la puerta.

—¿Hector?

—Señora Richards. Si ha terminado de comer, Su Alteza me ha pedido que la acompañe a su despacho —dijo el asistente.

—Estoy preparada.

En cuanto llegaron al despacho del príncipe, Hector le indicó que se sentara.

—Su Alteza se reunirá con usted en pocos minutos.

—Gracias —ofreció ella, sentándose en uno de los sillones de la sala. Cuando llegó Alexius, se levantó de inmediato—. Siento mucho lo que ha ocurrido hoy.

—Fue mi culpa por no haberte advertido antes —respondió Alex, que parecía más tranquilo—. Intentaron secuestrar a Zoe el pasado otoño en la guardería.

—¡Oh, no...! —exclamó Dottie, horrorizada.

–Afortunadamente fracasaron. Desde entonces he triplicado la seguridad. No se me ocurrió que fueras a llevar a mi hija por esas largas escaleras, aunque fuera a nuestra playa privada. Debemos estar agradecidos de que los botes patrulla estuvieron todo el tiempo vigilándoos. Tú supones un objetivo al igual que Zoe y mientras estés en Hellenica eres mi responsabilidad.

–Comprendo.

–Por favor, siéntate.

–No... no puedo –tartamudeó ella.

–¿Te has hecho daño en alguna parte? –pregunto él.

–Sabes que no –contestó Dottie, murmurando–. Quería decirte que no tienes que despedirme porque me marchó en cuanto alguien pueda llevarme al aeropuerto.

–¿Qué es lo que te ha hecho pensar que tus servicios no son requeridos durante más tiempo? –exigió saber Alex, frunciendo el ceño.

–Tú... en la playa –se sinceró ella, confundida.

–Explícate.

–Cuando te dije que no volvería a ocurrir algo así, dijiste que sin duda.

–¿Así que llegaste a la conclusión de que ya no te confiaba a mi hija?
¿Eres siempre tan insegura?

–Solo cuando estoy con miembros de la realeza que tienen que preocuparse sobre piratas y secuestros. Me imagino lo mal que te lo he debido de hacer pasar hoy.

–De ahora en adelante, tanto si estás con Zoe como si no, no hagas nada sin informarme primero de tus intenciones. Así no habrá problemas.

–De acuerdo –concedió Dottie, sintiendo una intensa calidez al encontrarse las miradas de ambos...

CAPÍTULO 3

ALEX carraspeó... rompiendo con ello el hechizo.

–Cuéntame qué impresión te ha dado mi hija tras haber pasado tanto rato con ella.

–Primero te daré las malas noticias; tiene problemas al articular palabras. Puede haber varias razones que causen el problema, pero el hecho es que tiene dificultades para expresarse. Las buenas noticias son que es una niña extraordinariamente inteligente. Su vocabulario es increíble y tiene una excelente coordinación física y equilibrio. Comprende lo que oye. Zoe solo tiene un problema, como ya te he dicho, pero es uno muy grave ya que, aparte de la reina, de ti, y hasta cierto punto Sofia, muy poca gente puede entenderla.

–¿Es por eso que se aparta de la gente? –preguntó Alex.

–Sí. Me comentaste que durante los anteriores meses su comportamiento ha empeorado. Está creciendo y perdiendo confianza con las personas que no tienen su problema. Es suficientemente inteligente como para saber que es diferente al resto de la gente. Quiere evitar las situaciones que recalquen la diferencia; por eso huye y se esconde. Es natural que lo haga.

Tras explicar aquello, Dottie hizo una pausa.

–Zoe quiere hacerse entender –continuó–. Cuanto menos lo logra, más enfadada se pone... de ahí las rabietas. No tiene ningún problema psicológico que no se resolviera en cuanto pudiera expresarse como el resto de las personas. Se aparta de la gente y se aferra a ti porque tú la quieres sin condiciones. Pero sabe que el resto del mundo no la quiere y siente que no

encaja.

—¿Puede superar este problema? —quiso saber él con una gran preocupación y miedo reflejados en la mirada.

—Desde luego. Necesita ayuda para lograr expresar todos los sonidos, pero sobre todo las consonantes. Las tes le resultan imposibles. Dice pocas palabras correctamente. Debe de sentirse muy frustrada. Pero con trabajo constante, hablará igual de bien a como lo hago yo.

—¿Estás diciendo que solías tener el mismo problema? —preguntó Alex.

—Yo tenía uno peor. Tartamudeaba tanto que era el hazmerreír de mis compañeros de clase en primaria. Los niños son muy crueles con los demás niños. Acostumbraba a fingir que estaba mala para no tener que ir al colegio.

—¿Cómo lograste superarlo? —quiso saber él, que parecía realmente sentirlo por ella.

—Mi tía me crió. Era muy estricta y me hacía ir a un pedagogo de lunes a viernes. Me enseñó a respirar y a tranquilizarme al hablar. Tras dos años de terapia cada vez tartamudeaba menos. Cuando fui al instituto solo se me notaba de vez en cuando. Zoe tiene un problema diferente y debe trabajar en los sonidos todos los días. Si pudieras ser tú quien la animara a hacerlo, articularía sonidos correctos mucho antes. Cuanta más creatividad haya, mejor. He traído conmigo juegos y juguetes que puedes utilizar. Mientras interactúe contigo, aprenderá a modelar su habla. Despacio, pero seguro, aprenderá a hablar correctamente.

—Pero tú también la ayudarás.

—Claro. Trabajaremos con ella uno por uno y en ocasiones los tres jugaremos juntos. Si tú estás disponible con regularidad, Zoe progresará mucho más rápido.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en lograr hablar con normalidad?

—Meses, incluso años. Es un proceso gradual que requiere paciencia por parte de todos. Cuando estés más seguro, otro pedagogo puede venir a sustituirme y...

—Te contraté a ti —interrumpió Alex.

—Sí, para la fase inicial. Pero me dedico a diagnosticar casos y se me requiere en otros lugares.

Él frunció el ceño.

—¿Te espera algún hombre en Nueva York?

Apesadumbrada, Dottie pensó que de aquello hacía ya mucho tiempo. Desde entonces se había entregado en cuerpo y alma a su carrera.

–¿Qué relevancia tiene para esta conversación mi vida personal?

–Pensé que estaba claro. Eres joven y atractiva.

–Gracias, tú también, pero tienes cosas más serias en mente. Y yo también.

Alex se quedó mirándola durante largo rato.

–Si es una cuestión de dinero...

–No. El Institute me paga muy bien.

–¿Entonces?

–No hay ningún entonces –afirmó ella–. Tú tienes que dirigir un país. Yo tengo una carrera. Las personas con problemas de habla son mi país. Pero mientras esté aquí, haré todo lo posible para que el programa que he pensado para Zoe funcione.

Una extraña tensión se había apoderado del ambiente.

–Zoe solo accedió a dejar de llorar y a comer con la condición de que pudiera volver al jardín a jugar contigo esta tarde –compartió entonces él–. Esta mañana se lo ha pasado mejor contigo que lo que creo que se lo ha pasado con nadie jamás.

Dottie sonrió.

–Te refieres a aparte de ti. Ha sido porque le he prestado una atención ininterrumpida. ¿Te parecería bien si va a mi habitación para las lecciones?

–Después del interrogatorio que me has hecho, ¿seré yo también bienvenido? –contestó Alex.

Ella sintió como un intenso acaloramiento le recorría el cuerpo. ¿El príncipe estaba pidiendo su permiso?

–No creo que Zoe se quedara si tú no nos acompañaras. Aunque esperanzadoramente en un par de días vendrá a mi habitación aunque tú no puedas estar. La mesa que hay en mi alcoba es muy conveniente para los juegos de los que te he hablado. Si me explicas el protocolo y reglas a seguir, no habrá tantos malentendidos por mi parte.

–¿Algo más? –respondió él.

–¿Dónde recibe Zoe sus clases de griego?

–En la biblioteca. Pero les está tomando manía y se queda en su dormitorio.

–Eso mismo solía hacer yo. El dormitorio es el lugar donde puedes dormir y no tener preocupaciones, es el lugar en el que puedes fingir ser normal como los demás –comentó Dottie. Le pareció ver cierta compasión reflejada en los ojos de Alex–. Sobre tu jardín... creo que debe continuar siendo un lugar especial para vosotros dos.

–Yo también lo creo. ¿Por qué no subes a tu dormitorio? Llevaré allí a Zoe en un par de minutos. Más tarde me reuniré contigo en el comedor de invitados para hablar de cómo quieres pasar tu tiempo en Hellenica cuando no estés con mi hija.

–Es muy amable por tu parte –respondió ella. No se movió, ya que no sabía si la conversación había terminado–. ¿Tengo que esperar a que una sirvienta me acompañe a mi habitación? –preguntó al no decirle nada Alex.

Él esbozó una mueca y Dottie volvió a sentirse muy acalorada. El lado humano del príncipe estaba alterándola por completo.

–Solo si tienes miedo de no encontrarla.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

–Gracias por confiar en mí. Con trabajo, el habla de Zoe mejorará.

Tras decir aquello, se marchó del despacho. Con piernas temblorosas, encontró la escalera que llevaba a la planta donde se encontraba su dormitorio. Al haberse enterado de que todavía trabajaba para él, se sintió hambrienta y se comió la comida que había dejado en la bandeja.

Antes de que Alex le llevara a Zoe, lo preparó todo para que la habitación pareciera una miniaula de colegio; ceras, tijeras, papel, juegos, puzzles, cartas...

Tuvo que recordarse a sí misma que la única razón por la que estaba allí era por Zoe.

Alex encontró a Dottie ya sentada a la mesa del comedor de invitados cuando se reunió con ella aquella misma velada. Iba vestida de manera muy veraniega con una camiseta azul pálida y una falda blanca cuyos pliegues marcaban su increíble figura. Sonrió al verla.

–¿Puedo acompañarte?

–Desde luego.

–¿Estás segura?

–He venido de Nueva York para intentar ser de ayuda –respondió ella.

Aquella no era la respuesta que había querido él. En realidad no estaba seguro de saber qué quería. Se sentó delante de Dottie y en cuestión de minutos les sirvieron la cena.

–En cuanto desees salir de palacio habrá un coche y un chófer a tu disposición. Hector lo arreglará todo. Habrá un guardaespaldas siempre contigo. Espero que el personal de mi equipo de seguridad no te resulte agobiante.

–Seguro que no. Gracias –ofreció ella, que comenzó a comer. Pero al

sentir el silencio que se apoderó del ambiente decidió añadir algo—. ¿Puedo preguntarte algo sin que pienses que estoy criticándote o rebasando mis límites?

—No sabremos si lo pensaré hasta que hagas la pregunta.

—¿Cuándo dejaste de cenar con Zoe como parte de tu rutina?

Alex no había esperado aquella pregunta.

—Tras la muerte de mi esposa, tuve que recuperar mucho trabajo que me correspondía haber hecho como supervisor de la industria minera de nuestro país. En Hellenica no disfrutaríamos de la alta calidad de vida que tenemos sin la renta que obtenemos de otros países que necesitan utilizar nuestros recursos. Pero ello requiere un trabajo y supervisión constantes.

Tras decir aquello, hizo una pequeña pausa.

—Pasaba los fines de semana con Zoe, pero durante la semana trabajaba mucho, así que ella cenaba con sus niñeras y con mi abuela, que por aquel entonces pasaba largas temporadas con nosotros en Aurum. Aun así, jamás dejé de darle a mi hija un beso de buenas noches y acostarla yo mismo. Y esa rutina gradualmente se ha convertido en la norma. Como Stasio está fuera, llevamos aquí seis semanas, semanas durante las que he tenido un sinnúmero de responsabilidades.

—¿Te importa si te pregunto qué es lo que haces por tu hermano? Frecuentemente me he preguntado en qué consiste la rutina diaria de un príncipe heredero.

—Aparte de trabajar a diario con los ministros mientras dirige los complicados asuntos de nuestro país, Stasio tiene que asistir o supervisar por lo menos cuatrocientos eventos al año. Es más de un evento al día y normalmente debe dar una charla, entretener a dignatarios internacionales, asistir a inauguraciones... y todo mientras continua velando por los intereses de Hellenica.

—Está claro que su vida no le pertenece. A ti tampoco la tuya, obviamente. ¿Dónde has ido hoy después de nuestra sesión con Zoe?

—He tenido que ir a una de las islas del norte para asistir al nombramiento del nuevo presidente del Thracian College y decir unas palabras en nombre de Stasio. Debía haberme quedado a cenar, pero les dije que tenía un compromiso ineludible —respondió Alex, que había querido cenar con Dottie. Le gustaba su compañía.

—¿Te gusta tu trabajo? Sé que probablemente parece una pregunta absurda, pero siento curiosidad.

—Como todos los trabajos, tiene sus momentos buenos y malos. Pero, si

tengo que ser sincero, debo decir que en general me gusta... y mucho, cuando algo beneficia a los ciudadanos. Tras mucho trabajo y negociaciones, se van a construir cuatro nuevos hospitales. Uno de ellos será un hospital pediátrico. No hay nada que me dé más satisfacción.

—¿Ha oído hablar Zoe de este hospital? ¿Compartes con ella algunas de las cosas maravillosas que haces?

Aquella pregunta sorprendió a Alex.

—Probablemente no tanto como me gustaría —contestó con sinceridad.

—Te lo he preguntado porque, si ella comprendiera la clase de cosas que te quita tiempo de estar en su compañía, se sentiría muy orgullosa y quizá no sufriría tanta ansiedad cuando os separarais.

—Si no supiera en qué trabajas, pensaría que eres psicóloga.

Dottie se rio.

—En absoluto. Parece que tienes una increíble capacidad para soportar el peso del trabajo de tu hermano, más el del tuyo propio, y al mismo tiempo ocuparte de los intereses de tu hija. Estoy impresionada.

—¿Pero...?

—No he dicho nada de peros.

—No tenías que hacerlo. Lo tienes reflejado en la expresión de tu cara. Si cenara cada noche con mi hija, su habla mejoraría mucho más rápido, ¿no es así?

—Tal vez. Comprendo que estás agobiado por todo el trabajo que tienes. Sería pedirte demasiado cuando ya vas a asistir a sus lecciones —comentó ella, echándose para atrás en la silla—. Siento mucho que perdieras a tu esposa, que seguro fue una gran ayuda para ti. Debiste de pasarlo muy mal.

—Así fue, pero tenía a Zoe. Su cara sonriente lograba que me levantara por las mañanas.

—Te admiro por la maravillosa vida que estás dándole —dijo Dottie, emocionada.

—Mi hija lo es todo para mí —afirmó él—. Y no olvides que he tenido mucha ayuda por parte de mi familia y de los empleados de palacio.

—Aun así, tu pequeña Zoe te adora, lo que significa que, sea lo que sea que estés haciendo, funciona —dijo ella, levantándose—. Buenas noches. No, por favor, no te levantes. Disfruta de esa segunda taza de café tranquilamente. Tú te preocupas por todo el mundo, pero parece que no hay nadie que se preocupe por ti.

Dos días más tarde por la noche, mientras Alex trabajaba con uno de

los ministros, una sirvienta entró en su despacho con un mensaje. No le sorprendió enterarse de lo que marchaba mal.

–Si me disculpas.

–Desde luego, Su Alteza –respondió la sirvienta.

Contento de haber podido arreglarlo todo para cenar a diario con su hija y Dottie, se levantó de su escritorio y se dirigió al dormitorio de su pequeña. Oyó llantos incluso antes de abrir la puerta. La pobre Sofia estaba intentando tranquilizar a una alterada Zoe. Esta, en cuanto lo vio entrar, se lanzó a sus brazos.

–¿Qué ocurre? –preguntó él, abrazándola estrechamente.

En realidad sabía muy bien lo que ocurría. Zoe había estado pasándoselo estupendamente desde que Dottie había llegado a palacio y no quería que la diversión terminase.

–Estaba dormida... –comenzó a explicar la niñera– y repentinamente se despertó con una pesadilla. No he podido tranquilizarla. Su Alteza, la princesa no quiere que yo siga ayudándola.

–Comprendo. Está bien. Puedes retirarte. Gracias.

–¡Quiero a mi mami! –gritó la niña en cuanto se quedó a solas con su padre.

Nunca antes había pedido la presencia de su madre. De vez en cuando habían hablado de Teresa y Alex había colocado fotografías suyas en la habitación de la pequeña para que esta supiera cómo había sido su madre. Pero aquello era diferente. Tomó una de las fotografías y se la dio a la niña... Impresionado, vio cómo la pequeña la apartaba.

–Quiero a Dot. Ella es mi mami.

Alex se quedó horrorizado. Su hija había creado un diminutivo del nombre de Dottie, pero nadie más que él entendería el sonido que había emitido para decirlo.

–No, Zoe. Dottie es tu profesora.

La pequeña tenía la histeria reflejada en la mirada.

–No... es mi mami. ¿Dónde ha ido?

–Tu mami está en el cielo.

–No... –insistió Zoe, abrazando a su padre por el cuello–. ¡Tráeme a mi mami!

–No puedo, Zoe.

–¿Se ha ido? –preguntó la niña con el terror reflejado en la voz.

Alex tomó la fotografía que había intentado darle.

–Ella es tu mami. Se fue al cielo. ¿Te acuerdas?

–¿Está Dot en el cielo?

–Dottie es tu profesora y se ha ido a su dormitorio. Pero no es tu mami.

–Sí, lo es. ¡Es mi nueva mami! –exclamó Zoe antes de comenzar a llorar desconsoladamente–. ¡Quiero que venga! ¡Tráela, papi! –suplicó con angustia.

Él sintió como el pánico comenzaba a embargarlo. Tomó su teléfono móvil para hablar con Hector.

–¿Su Alteza?

–Busca a la señora Richards y dile que venga de inmediato a la habitación de Zoe.

–Ahora mismo.

Alex agradeció que no hubiera nadie más eficiente que Hector en una emergencia.

Cuando pocos minutos más tarde Dottie entró en el dormitorio con un libro en la mano, la niña se había tranquilizado ligeramente, pero seguía temblando en los brazos de su padre.

–Dot... –dijo con gran alegría en cuanto la vio.

–Hola, Zoe –respondió Dottie–. ¿Querías desearme buenas noches?

–Sí.

–Pensaba que te habías ido –le susurró él a la pedagoga.

Dottie asintió con la cabeza.

–¿Por qué no te metes en la cama y te leo un cuento? Después tengo que acostarme yo también porque mañana tenemos un día muy importante por delante, ¿no es así?

La pequeña esbozó una sonrisa.

–Sí.

Como por arte de magia, se metió en la cama. Dottie acercó una silla para leerle un cuento.

–Este es el libro de buenas noches. ¿Ves la luna en la portada? Cuando está en el cielo, todo el mundo debe irse a dormir. Freddie la rana deja de decir «croac» y dice «hasta mañana».

Zoe se rio y Dottie le dio la vuelta a la página.

–Benny la abeja deja de zumbir y dice «hasta mañana...».

La pequeña estaba encantada.

–Charlie el grillo deja de chirriar y dice «hasta mañana » –continuó Dottie–. ¿Adivina quién está en la última página?

Zoe no lo sabía y Dottie le mostró la página, donde había un espejo.

–¡Eres tú! Ahora te toca a ti decir «buenas noches».

La niña lo dijo.

–Vamos a repetir la ene. La señora N es una letra con muy mal humor – bromeó Dottie.

A Zoe aquello le pareció divertidísimo.

–Se enfada –prosiguió Dottie, esbozando una divertida expresión–. Veamos si podemos enfadarnos tanto como ella. Tenemos que apretar los dientes así. Mírame la boca y gruñe.

Alex estaba observándolo todo.

–Grrr –logró gruñir Zoe tras intentarlo media docena de veces.

Impresionado, él miró a Dottie, pero esta estaba centrada en la niña.

–Lo has hecho igual que la señora N, Zoe. Ha sido perfecto. Mañana por la noche tu padre volverá a leerte este cuento. Ahora Dot tiene que irse a dormir. Dejaré el libro contigo –dijo Dottie antes de marcharse del dormitorio.

La niña abrazó estrechamente el libro contra su pecho como si fuera su mayor tesoro. Se quedó dormida en tan solo unos minutos. En ese momento, Alex salió de la habitación; Sofia dormía en el dormitorio contiguo y oiría si la pequeña se despertaba.

Se dirigió a hablar con Dottie antes de que esta se metiera en la cama. Se encontró con Hector junto a la suite de su abuela.

–La reina quiere verle antes de acostarse –informó el asistente.

–No habrás estado espíandome por orden de mi abuela, ¿verdad, Hector?

–Jamás le he espiado, Su Alteza.

–Has estado espionando para ella desde que Stasio y yo nacimos, pero te perdono. Aunque tal vez Stasio no sea tan comprensivo cuando le coronen rey. Así que recuerda que estás advertido. Dile a la reina que estaré con ella en diez minutos –respondió Alex.

Continuó hacia el dormitorio de Dottie. Al llegar, llamó a la puerta.

–¿Sí? –contestó ella.

–Soy Alex.

Dottie abrió la puerta, ligeramente desconcertada.

–Estaba a punto de acostarme –comentó. Llevaba puesta una bata rosa.

–Tengo que hablar contigo. Zoe ha decidido que tú eres su nueva mami. Se puso histérica esta noche cuando intenté explicarle que no es así.

–Lo sé. Me ha dicho varias veces que desearía que yo fuera su madre. Suele ocurrir con algunos pacientes pequeños que he tratado y que no tienen mamá. Es muy normal. Yo continuó diciéndoles que soy su

profesora. Lo que tú debes hacer es recordarle frecuentemente que la princesa Teresa era su madre.

–Hoy mismo lo he hecho.

–Lo sé. He visto la fotografía. Zoe ha heredado gran parte de la belleza de su madre. Lo importante es continuar recordárselo para que finalmente lo comprenda y la etapa pase en poco tiempo.

–Es un consejo muy inteligente –dijo él con sinceridad–. Esta noche has logrado un gran avance con ella.

–Sí. Quería que se sintiera cómoda emitiendo un sonido y lo ha hecho.

–¿Cómo sabías que lo haría?

–No lo sabía, pero tenía esperanzas. Cada avance supone el cimiento para un avance nuevo.

Alex pensó que mantener aquella conversación en el umbral de la puerta añadía cierta intimidad al ambiente... lo que le excitó mucho.

–El avance que ha hecho esta noche va a ayudarme a dormir.

–Me alegro. Pero recuerda que no va a cambiar completamente de la noche a la mañana. Cada vez dice mejor las vocales, pero la g es solo una consonante de veintidós. Lo complicado va a ser que logre emitir ese sonido con el resto de una palabra.

–Complicado o no, te imité perfectamente y estaba encantada ante la manera en la que le leíste el cuento. Por cierto, antes de marcharme quería decirte que lo he arreglado todo con mi asistente para poder cenar a diario con mi hija.

–¡Zoe va a estar encantada!

–Espero que eso signifique que también estás contenta al respecto, ya que tú también cenarás con nosotros.

Buenas noches, Dottie.

–Buenas noches, Alex –respondió ella, apresurándose a cerrar la puerta.

Tras haber estado con Dottie, a él no le apetecía ver a su abuela. Pero no tenía excusa.

Intuía lo que su abuela quería hablar con él. Si Zoe le había dicho a su Yiayia que Dottie era su nueva mami... nada habría enojado más a la reina.

La insistencia de su pequeña en que la pedagoga era su mami solo había aumentado su angustia en lo que a Dottie se refería. Desde la primera vez que la había mirado a sus preciosos ojos azules, no había podido quitársela de la cabeza.

En realidad, sabía que no debía involucrarse sentimentalmente con nadie que hubiera contratado y no necesitaba que su abuela le recordara lo

que ya estaba recordándose a sí mismo... que debía mantener la relación con la señora Richards en un ámbito profesional.

Pero conocía muy bien las intenciones de su abuela... Desde el fallecimiento de Teresa, su abuela había centrado su interés en la Casa de Helvetia. Estaba simplemente esperando a que Stasio se casara para insistirle a él en que contrajera matrimonio con la princesa Genevieve de Helvetia.

Pero la reina debía olvidarse de sus planes, ya que él tenía una prioridad clara en la vida; ayudar a su hija a sentirse normal. Con la influencia de Dottie ya estaba ocurriendo. La pedagoga comprendía lo que le ocurría a Zoe.

Pretendía hablar con su hermano aquella misma noche para que este regresara de inmediato. Quería volver a Aurum, donde su pequeña mejoraría muchísimo. Tenía planeado convencer a Dottie de que no podía marcharse.

CAPÍTULO 4

VARIOS días después, a Dottie se le revolucionó el corazón al ver a Alex entrar junto a Zoe en la sala donde le daba las lecciones a la niña. Debían de haber estado desayunando con la reina. Zoe iba vestida con un chándal rosa y zapatillas.

Apenas reconoció a Alex. En vez de los elegantes zapatos de piel que normalmente llevaba, también se había puesto zapatillas, así como pantalones vaqueros y un polo amarillo. Estaba realmente guapo.

Al ver el atractivo vello pectoral que asomaba por el cuello de su polo, se le secó la boca y apartó la mirada. El papá de Zoe era mucho más hombre que príncipe aquella mañana. Estaba despertando en ella anhelos que no había sentido desde hacía muchos años.

Alex había estado asistiendo a las lecciones con la pequeña y había comenzado a cenar con esta. A ella le había conmovido mucho el amor y preocupación que él demostraba por su hija. Pero le daba miedo la gran esperanza que había puesto en todo aquello; temía que esperara resultados demasiado pronto. Y esa preocupación la había mantenido despierta durante gran parte de la noche. Aunque, en realidad, no había sido solo por aquello. Cuando le había dicho a Alex que había tenido otros pacientes que le habían llamado «mami», había mentido. Solo había habido otro niño que había expresado el mismo deseo; un pequeño que tenía una difícil y problemática madre.

La pequeña princesa era una niña muy inteligente y debía haber corregido ya su comportamiento, pero continuaba llamándole «mami», lo que la conmovía profundamente ya que le había tomado mucho cariño a la

pequeña.

Para empeorar aún más la situación, se sentía muy culpable ya que se había dado cuenta de que buscaba la aprobación de Alex...

–Gggrrrrrrrr –le dijo a Zoe.

Sorprendida, la niña le devolvió el gruñido. Alex le dio un abrazo a su hija antes de que se sentaran a la mesa.

–Maravilloso, Zoe –comentó Dottie, mirando al padre de la pequeña a continuación–. Buenos días –le deseó, percibiendo el aroma del jabón que había utilizado en la ducha. Era un olor maravilloso, un olor que le recordaba las mañanas en las que su marido...

Pero los ojos que estaban mirándola desde el otro lado de la mesa eran negros, no azules.

–¿No vas a gruñirme a mí? Me siento desplazado –bromeó él.

–Bueno, no queremos que te sientas así, ¿verdad, Zoe?

La pequeña negó con la cabeza, alborotando al hacerlo sus brillantes rizos marrones.

Dottie tenía una pequeña pizarra donde escribió la palabra «abeja».

–Pronuncia esta palabra, Alex.

Cuando él lo hubo hecho, ella se dirigió a Zoe.

–¿Has oído «abeja»?

–Sí –respondió la niña.

–Muy bien. Ahora digamos todos juntos «abeja». Uno, dos, tres...
abeja.

Zoe no pudo decirlo. Dottie se echó hacia delante para acercarse a ella.

–Mira, voy a decirlo yo; tócame los labios.

Alex ayudó a la pequeña y al hacerlo rozó los labios de Dottie, que apenas pudo respirar debido a la sensación que la embargó. Pero repitió la palabra «abeja» una docena de veces sobre el dedo de Zoe. Esta se rio tontamente.

–Te ha hecho cosquillas, ¿verdad? –le preguntó Dottie–. Ahora emite el mismo sonido sobre mi dedo –añadió, colocando un dedo en la boca de la niña.

Tras cinco intentos la princesa lo logró.

–¡Maravilloso! –exclamó Dottie–. Ahora pon los labios sobre un dedo de tu padre y emite el mismo sonido.

Mientras Zoe hacía lo que le habían ordenado, Alex miró a Dottie a los ojos. La gratitud que ella vio reflejada en la mirada de él provocó que se le revolucionara el corazón.

–Eres una alumna excelente, Zoe. Hoy vamos a trabajar con el sonido be.

–Es interesante que hayas pensado en la palabra «abeja» –terció Alex.

–Las abejas producen miel –comentó la niña.

–Eso es, Zoe. ¿Sabes que precisamente ayer me reuní con uno de los ministros y vamos a establecer cría de abejas en todas las islas de Hellenica? Así produciremos más miel que podremos vender aquí y alrededor del mundo. Es una industria que me gustaría ver florecer. Creará muchos puestos de empleo –dijo él–. La miel que comemos en Aurum procede de la cría de abejas que hay en nuestra propiedad. Cuando regresemos a casa, te enseñaré las colmenas.

Emocionada, la pequeña abrazó a su padre. Alex le devolvió el gesto mientras miraba a Dottie. La sugerencia de esta de que pasara más tiempo con la pequeña estaba dando unos resultados maravillosos.

–Voy a darle a tu padre una serie de tarjetas, Zoe –informó entonces Dottie–. Todas las palabras que aparecen comienzan con be. Tu padre levantará cada tarjeta y leerá la palabra que aparezca en ella. A continuación, debes repetirla tú. Si puedes decir tres bes perfectamente, tengo un regalo para ti.

La niña emitió un pequeño grito de alegría y miró a Alex con sus brillantes ojos marrones. Dottie se echó para atrás en la silla y observó a padre e hija trabajar. A Zoe le motivaba mucho esforzarse por el hombre que idolatraba. El príncipe se tomó la actividad muy en serio.

–¡Bravo! –exclamó ella cuando hubieron terminado con una serie de treinta tarjetas–. Has dicho cinco bes correctamente –le dijo a la pequeña–. ¿Quieres tu regalo ahora o después de la lección?

–Ahora –respondió la niña tras unos segundos.

Alex se rio con aquella masculina risa que tenía, risa que alteró partes del cuerpo de Dottie que esta había olvidado que tenía. Excitada, metió la mano en la bolsa que tenía en una esquina y tomó uno de los varios regalos que había llevado consigo como premios.

–Esta es Baby Betty –explicó, dándole a Zoe un bebé de juguete–. Tiene biberón y babero.

–Oh... –dijo Zoe con el brillo reflejado en los ojos. Abrazó estrechamente al bebé–. Gracias, mami.

Lo había dicho otra vez. Dottie no quiso mirar a Alex; su pequeña la llamaba «mamá» cada vez con más frecuencia. Aquel momento fue muy emocionante para ella ya que todo aquello le había hecho revivir viejos

recuerdos del pasado.

–No soy tu madre, Zoe. Ella está en el cielo. Lo sabes, ¿verdad?

Tras varios segundos, la niña asintió con la cabeza.

–Desearía que fueras mi mami.

–Pero como no lo soy, ¿podrías llamarme Dot, por favor?

–Sí.

–Buena chica –la halagó Dottie.

De reojo, vio que Hector se había acercado a ellos. Estaba carraspeando para captar su atención.

–Su Alteza. La reina reclama su presencia –le dijo a Alex el asistente.

–¿Es una emergencia médica?

–No.

–Entonces me temo que tendrá que esperar hasta esta noche. Tras esta lección voy a llevar a Zoe y a la señora Richards a dar un paseo en barco –respondió Alex, enfatizando la letra be-. Continuaremos trabajando con las bes mientras disfrutamos de un ligero bufé en la cubierta. Pero regresaremos a tiempo de darle las buenas noches a la reina.

–Muy bien, Su Alteza.

Dottie tuvo que contenerse para no reírse. Hector había esbozado una mueca ante la ingeniosa contestación del príncipe.

Una vez que el asistente se hubo marchado, sacó una caja que contenía cuentas azules para que Alex y Zoe pudieran hacer una pulsera juntos.

Tras un rato, y muy satisfecha con el progreso de la pequeña, dio por terminada la lección.

–Hemos terminado por hoy –dijo, levantándose de la silla.

Alex tomó a su hija en brazos.

–Estoy muy orgulloso de ti –le confesó-. Ahora vamos a enseñarle a Dot la isla en el velero.

Zoe lo abrazó por el cuello. Por encima del hombro de la niña, él miró a Dottie.

–¿Estás preparada?

–Es muy amable por tu parte, pero tengo otras cosas que hacer esta tarde –respondió ella, que no quería verse embargada por los sentimientos que tenía cuando estaba alrededor de él-. Si no regresáis a tiempo para la cena, os veré mañana por la mañana durante la clase de Zoe.

Alex bajó a su hija al suelo.

–Insisto.

–¿Acabas de darme una orden? –preguntó Dottie, confusa.

–Si lo he hecho, ¿me obedecerías?

Ella no quería ofenderlo, pero tampoco quería exponerse a él, que al fin y al cabo era un hombre en plena madurez, un hombre demasiado atractivo...

–Te he dado ese paquete de tarjetas. Lo mejor que puedes hacer es salir con tu hija en el velero y trabajar con ella mientras todavía tiene la lección fresca en la cabeza.

Tras decir aquello hizo una pausa y continuó hablando en voz baja.

–Tal vez yo sea su pedagoga, pero fuera de esta aula solo supondría una distracción y le causaría más confusión sobre llamarme «mamá».

–Platón aseguraba que se podía perdonar a un niño que tenía miedo de la oscuridad, pero que la verdadera tragedia es cuando un adulto tiene miedo de la luz –contestó Alex, girándose hacia su hija a continuación–. Ven conmigo, Zoe.

Mientras lo observaba alejarse, Dottie pensó que efectivamente tenía miedo. No quería volver a sentir la cegadora luz que había iluminado su vida durante una época. Haber sufrido una tragedia era suficiente...

–¿Has olvidado que Dottie tiene mucho trabajo esta noche? –le dijo Alex a Zoe ante la resistencia de esta de irse a dormir.

La pequeña estaba obviamente esperando a su persona favorita.

–La verás por la mañana –continuó él–. Aquí tienes a Betty; está preparada para irse a dormir contigo –añadió, colocando el muñeco debajo del brazo de su hija.

Pero Zoe lo apartó de su lado y se sentó en la cama.

–Dile a Dot que venga –exigió con lágrimas en los ojos.

Alex comprendía a su hija, comprendía que quisiera que Dottie fuera su madre. La pedagoga entendía a la pequeña y lograba que todos los momentos fueran realmente memorables. Era como una fuerza de la naturaleza. Su vivaz personalidad había aportado vida al palacio.

Tras regresar de navegar con Zoe, le había preguntado a Hector qué había hecho Dottie. Este le había explicado que la pedagoga había rechazado utilizar un coche de la casa real y se había marchado de palacio a pie. Los miembros de seguridad habían informado de que tras haber estado haciendo footing durante más de dieciséis kilómetros bajo el sol, había subido a la cima del Mount Pe- los, donde se había sentado sesenta minutos. Después de visitar la iglesia, había regresado al pueblo y había vuelto a palacio haciendo footing...

–Zoe, si te quedas en la cama, iré a buscarla.

–Date prisa, papi –respondió la niña, tomando el bebé y dándole un abrazo.

Al salir del dormitorio de su hija, él telefoneó a Dottie desde su teléfono móvil, algo que había jurado no hacer para lograr mantener las distancias. Pero se trataba de una emergencia. Cuando ella respondió, le pidió que fuera a la habitación de la niña.

–Ahora mismo voy –contestó Dottie tras vacilar ligeramente.

Tan solo unos minutos después, Alex vio como ella se acercaba por el pasillo al dormitorio de Zoe. Llevaba un nuevo libro en la mano.

–¿Ha tenido Zoe otra pesadilla? –preguntó.

–No, pero cada vez le disgusta más que no estés con nosotros. ¿Por qué no viniste a navegar hoy? Quiero saber la verdad.

–Ya te dije que tenía trabajo que hacer.

–¿Entonces cómo puede ser que me hayan informado de que saliste a hacer footing y que subiste al Mount Pelos, en vez de quedarte en tu dormitorio? ¿Por qué rechazaste la invitación?

–Seguro que sabes por qué. Me preocupa que Zoe se encariñe aún más conmigo.

–A mí también me preocupa, pero esa no es la única razón por la que has mantenido las distancias conmigo hoy. ¿Tienes miedo de montar en barco? ¿No sabes nadar?

–No seas tonto –susurró Dottie.

–Entonces es obvio que tienes algún problema conmigo. Tal vez mi reputación de playboy te haya hecho tener reservas con respecto a mi persona, pero hace mucho tiempo de aquello. Ahora soy un hombre y padre del que el mundo no sabe nada. ¿Cuál de esos roles te preocupa más? –quiso saber él.

–Ninguno –aseguró ella, cruzándose de brazos.

–¿Entonces qué cosa terrible crees que te hubiera ocurrido si hubieras venido hoy con nosotros?

–Preferiría no hablar de ello, aunque seas príncipe. ¿Cómo han marchado las cosas con Zoe?

–Bien, pero habrían marchado mejor si tú hubieras estado allí. No va a dormirse hasta que vayas a desearle buenas noches. Esta noche ha despedido a Sofia.

–¿Qué?

–Es cierto. No quiere tener niñera a no ser que seas tú. Para evitarle al

pobre Hector la molestia de tener que ir a buscarte cada noche, ¿por qué no te pasas por el dormitorio de Zoe a la hora de acostarse? También me evitarás a mí el volverme loco.

–Como no voy a estar aquí durante mucho más tiempo, puedo hacerlo –concedió Dottie.

–No hablemos de tu marcha, no cuando apenas has llegado.

–Voy... voy a entrar a verla ahora –dijo ella con la voz quebrada.

–Gracias –ofreció Alex. No había terminado de hablar con Dottie, pero podía esperar a que esta se despidiera de su hija. La siguió dentro del dormitorio.

Zoe estaba sentada en la cama abrazando a Betty. Se le iluminó la cara al ver a su profesora.

–Hola, Zoe –saludó Dottie–. ¿Si te leo un cuento, te dormirás?

–Sí. ¿Podrías sentarte en la cama? –respondió la niña.

–Puedo leer mejor en esta silla –comentó Dottie, acercando la silla a la cama y sentándose.

Una vez más, Alex se quedó cautivado ante la manera tan encantadora en la que ella leyó un cuento sobre una mariposa que había perdido un ala y necesitaba encontrarla.

Se había dado cuenta de que Dottie no le daba besos ni abrazos a Zoe. Era toda una profesional que sabía dónde estaba su lugar. Pero a su vez sabía muy bien que su hija estaba deseando que lo hiciera. No era la única...

En cuanto la pequeña se quedó dormida, Dottie salió de puntillas al pasillo. Alex la alcanzó y ambos se dirigieron hacia la habitación de ella en silencio. Cuando llegaron a la puerta, él la agarró por los brazos y la giró. Estaban tan cerca que pudo oler el aroma de su piel.

–Invítame a entrar –le pidió, susurrando–. Quiero que me des una respuesta y prefiero que lo hagas en privado; aquí en el pasillo podemos ser observados.

–Lo siento, pero no tenemos nada de qué hablar –respondió Dottie–. Estoy muy cansada.

–¿Tan cansada que no eres capaz de decirme qué es lo que te asusta tanto que te hace temblar?

–Desearía no haber venido a Hellenica. Si hubiera sabido lo que me esperaba, me habría negado.

–Por el amor de Dios, ¿por qué? Si he hecho algo imperdonable, creo que debes decírmelo.

–No es eso –contestó ella, evitando la mirada de Alex–. Esto tiene que ver con Zoe.

–¿Porque te llama «mamá»?

–Por eso y por mucho más.

Sin comprender nada, él la soltó a regañadientes.

–No entiendo.

–Hace cinco años mi marido y mi hijo murieron en un horrible accidente de tráfico. Un conductor borracho se les echó encima –confesó Dottie mientras las lágrimas le caían por las mejillas–. Perdí los dos grandes amores de mi vida. Cory tenía la edad de Zoe cuando murió.

Alex se quedó horrorizado.

–Mi hijo tenía un problema parecido al de Zoe, solo que, en su caso, eran las vocales lo que no podía decir –continuó ella–. Llevaba un año trabajando con él con la ayuda de un terapeuta y Cory apenas acababa de empezar a decir «papi» cuando...

Tuvo que hacer una pausa debido a lo emocionada que estaba.

–He trabajado con toda clase de niños, pero Zoe es la primera que me ha recordado a mi hijo. El otro día cuando se rio, parecía la risa de Cory. Cada vez me cuesta más estar a su lado sin derrumbarme emocionalmente.

–Tal vez desees no haber venido a Hellenica, pero recuerda que estás haciendo algo por mi hija que nadie más puede hacer. Ver a Zoe responder a tus técnicas ha sido maravilloso. ¿No te hace sentir bien ayudarla de la misma manera en la que un día ayudaste a tu hijo? –intentó animarla él–. ¿No habría hecho tu marido algo por tu hijo si la que hubiera fallecido hubieras sido tú?

–Sí –dijo Dottie, conmovida por aquella lógica–. Pero...

–¿Pero qué? Cuéntame todo.

–Es solo que me he sentido... culpable por no haber estado con ellos aquel día.

–Estás sufriendo la culpa del sobreviviente.

–Sí.

–A mi manera yo también tuve la misma reacción tras el fallecimiento de Teresa. Tardé mucho en entender que había hecho todo lo posible por ella y que tenía que seguir adelante por Zoe.

Dottie asintió con la cabeza.

–De ahora en adelante, aparte de la lección matutina de mi hija... –continuó Alex– tendremos otra por la tarde en la piscina. Practicaremos lo que le hayas enseñado mientras jugamos. He alterado mi agenda y tengo

mucho más tiempo para pasar con vosotras.

–Ya me he dado cuenta –comentó ella–. Eres un hombre excepcional.

–Es gracias a ti, Dottie. Tú me estás ayudando a acercarme a mi hija de una manera muy diferente. Jamás seré capaz de agradecértelo suficientemente.

–No tienes que agradecerme nada. Me alegro muchísimo por vosotros dos –dijo Dottie, secándose sus húmedos ojos–. Mañana trabajaremos con otra consonante. Buenas noches, Alex.

CAPÍTULO 5

DOTTIE jamás había disfrutado de un lujo parecido. Tras gozar de una deliciosa comida, le encantó tumbarse al sol en una de las tumbonas que había alrededor de la piscina mientras disfrutaba de un granizado de fruta.

Le alegró poder estar a solas un rato mientras Alex y Zoe se ponían el bañador. Él había tenido razón sobre algo; si hubiera sido ella la que hubiera muerto y no su marido e hijo, habría querido que Neil encontrara al mejor pedagogo para ayudar a Cory. Y sabía que ella era la persona adecuada para Zoe.

Pensativa, repentinamente oyó agua salpicar y la risa de la princesa. Se giró y vio a la niña corriendo alrededor de la piscina. Llevaba puesto un bañador rojo. Gritaba y parecía muy contenta. En la piscina había una enorme ballena negra de plástico. Tras unos segundos, la cabeza de Alex asomó junto a la ballena y salpicó aún más agua por todas partes. La pequeña resultó completamente empapada y se acercó corriendo a ella.

–Tienes que ponerte crema solar –dijo entonces Dottie–. Quédate quieta y te la echaré. No sabía que había una ballena viviendo en vuestra piscina.

–Ven conmigo –pidió Zoe una vez que estuvo protegida por la crema.

–Creo que prefiero quedarme aquí y mirar –respondió Dottie.

Alex se quedó mirándola con una expresión que ella no supo descifrar, pero no dijo nada.

Zoe se metió entonces en la piscina y con la ayuda de su padre se subió a la ballena. Estaba muy contenta, rebosaba alegría y felicidad.

Dottie se cubrió con su toalla de playa y se levantó de la tumbona. Se acercó al borde de la piscina, donde se sentó y metió los pies en el agua

mientras observaba las gracias de sus acompañantes.

Por primera vez en muchos años estaba divirtiéndose. Se sentía viva de nuevo y sabía que se lo debía a Alex. Unas enormes ganas de tocarlo se apoderaron de ella... precisamente por eso no quería meterse en la piscina.

Estuvieron mucho tiempo disfrutando del sol y jugando a ponerle nombres que comenzaran por uve doble a la ballena, la consonante que Zoe debía practicar aquel día. Fue una tarde maravillosa, los tres parecían formar una familia feliz. Cuando empezó a oscurecer, algunos empleados de palacio sirvieron la cena bajo la sombrilla que había en el solarío. Zoe parecía tener mucho apetito, lo que complació enormemente tanto a su padre como a Dottie.

—Atención... —dijo Alex cuando casi habían terminado de cenar— tengo algo que anunciar —en ese momento miró a su hija—. Adivina quién ha venido a casa.

—¿El tío Stasi?

—Sí, tu único y favorito tío.

—¡Qué bien! —exclamó la niña—. Es muy divertido.

—Yo también lo he echado de menos. Esta noche va a haber una fiesta para darle la bienvenida. Voy a llevaros a las dos, señoritas, conmigo.

Emocionada, Zoe emitió un grito.

—Cuando terminemos de cenar, quiero que subáis a arreglaros. Poneos vuestros vestidos más bonitos porque va a haber un baile. Cuando llegue la hora de la fiesta pasaré a buscaros.

Dottie sintió cómo la adrenalina le recorría el cuerpo. Pensó que lo único que podía ponerse era el vestido negro que había llevado consigo junto con unos zapatos de tacón del mismo color.

Al terminar de cenar, subió a su habitación, donde se duchó y se lavó el pelo, tras lo que se puso el vestido negro, que tenía un escote redondo. En un momento dado oyó un ruido en la habitación contigua y se acercó para investigar. Allí encontró a Zoe, vestida con un largo traje blanco... y con la cara llena de lágrimas.

Al verla, la pequeña corrió a su lado. Sin pensarlo, ella se arrodilló y la abrazó. Era el primer abrazo que le daba. La niña se acurrucó en sus brazos y lloró desconsoladamente.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Mi papi va a casarse.

—¿Te refieres a tu tío? —supuso Dottie, desconcertada.

—No... oí como Yiayia se lo decía a Sofia. Mi papi va a casarse con la

princesa Genevieve. Pero yo quiero que seas tú mi nueva mamá. Cuando le di a Yiyia un beso de buenas noches, me dijo que la princesa Genevieve va a estar en la fiesta y que me tenía que portar bien.

—Ya veo —respondió Dottie, profundamente apenada—. Zoe, esto es algo de lo que debes hablar con tu padre, pero no lo hagas hasta que te acuestes. ¿Sabe tu padre que estás aquí conmigo?

—No —contestó la niña.

—Pues entonces tengo que telefonear a Hector para que le diga a tu padre que has venido a mi dormitorio —dijo Dottie. Una vez que lo hubo hecho, llevó a la pequeña al cuarto de baño para secarle las lágrimas con una toalla—. Ya estás preparada. Cuando lleguemos a la fiesta, quiero que estés todo el tiempo sonriendo. ¿Podrás hacerlo por mí?

Tras vacilar, Zoe asintió con la cabeza.

Dottie la tomó de la mano y la llevó al dormitorio.

—¿Te he dicho ya lo guapa que estás con tu vestido nuevo?

—Ambas estáis absolutamente preciosas —terció Alex, entrando en la habitación.

Como la niña había dejado la puerta abierta, él no debía haber sentido la necesidad de llamar. Estaba vestido con un traje de chaqueta azul marino que le sentaba estupendamente. Miró a Dottie penetrantemente de arriba abajo.

—Zoe quería mostrarme su aspecto y con las prisas se olvidó de decirle a Sofia adónde iba —comentó ella, pensando que Alex se ponía tan guapo cuando sonreía que le llegaba a aturdir.

—Es comprensible —respondió él—. Esta va a ser la primera fiesta de verdad a la que asista mi hija. ¿Estás preparada?

Cuando Zoe asintió con la cabeza, le tomó de su otra mano y los tres juntos salieron de la habitación. Al llegar a la fiesta, la pequeña se comportó como toda una princesa.

—¿Zoe? —dijo Alex en un momento dado—. Me gustaría que conocieras a la princesa Genevieve.

La pequeña guardó las formas ante la hermosa mujer que no quería como nueva mamá.

Dottie intentó ver el lado positivo de aquello. Era natural que Alex volviera a casarse y Zoe necesitaba desesperadamente el amor de una madre...

—Bueno, ¿a quién tenemos aquí? —dijo una masculina voz, interrumpiendo sus pensamientos.

Ella se giró y vio a otro extremadamente atractivo hombre de pelo negro. Guardaba un ligero parecido con Alex y ambos aparentaban tener la misma edad, más o menos treinta años.

–Bienvenido a casa, Su Alteza –respondió al darse cuenta de que era el príncipe Stasio.

–Llámame Stasio. Mi hermano pequeño me dijo que estás trabajando con Zoe. Eso nos convierte en familia. ¿Te ha dicho alguien que eres muy atractiva? Alex no me comentó ese detalle.

–Zoe dijo que eras muy gracioso y creo que tiene razón.

El heredero a la Corona se rio con ganas.

–Háblame de ti –pidió-. ¿Dónde has estado escondiéndote durante toda mi vida?

–Soy de Nueva York –contestó Dottie.

Tras charlar un rato, Stasio se disculpó con ella.

–Tengo que ir a bailar con mi pequeña Zoe.

A la niña le encantó bailar con su tío y lo hizo de una manera muy profesional. Los invitados a la fiesta comenzaron a dar palmas y Dottie se sintió enormemente orgullosa de la princesa. Mientras observaba a tío y sobrina moverse por la sala, sintió que una fuerte mano se posaba en su cintura. A continuación vio como Alex la tomaba entre sus brazos para sacarla a bailar. Completamente alterada, sintió como si sus cuerpos hubieran sido hechos el uno para el otro.

–¿Por qué no me miras? –preguntó él en un momento dado-. La gente va a pensar que te caigo mal.

–Estoy intentando concentrarme en el baile. Hacía mucho que no bailaba.

–Yo también. Llevaba mucho tiempo esperando para poder tenerte entre mis brazos de esta manera. Solo mis obligaciones con la Corona me impiden hacer lo que realmente estoy deseando...

–Comprendo. Por eso mismo voy a marcharme a mi dormitorio tras este baile. Hay otras mujeres en la sala que sin duda están esperando su turno para bailar contigo –respondió ella, completamente aturdida-. Por cierto, bailas maravillosamente.

–Hay solo una mujer con la que quiero estar esta noche y se encuentra justo aquí entre mis brazos... tan cerca que incluso podría besarla –respondió Alex-. No te haces idea de lo mucho que me está costando no saborear esa tentadora boca tuya. Cuando hemos estado en la piscina, te habría metido conmigo en el agua si Zoe no hubiera estado con nosotros...

–Mejor que no lo hicieras –aseguró Dottie, muy excitada–. Si lo hubieras hecho, habrías confundido mucho a tu hija cuando le pidas a la princesa Genevieve que baile contigo.

–¿Por qué nombras a la princesa? –exigió saber él, tenso.

–Cuando esta noche acuestes a Zoe, ella te lo explicará. Muchas gracias por una velada encantadora. No la olvidaré nunca. Mañana nos vemos –dijo Dottie justo antes de retirarse.

–Dot –la llamó Zoe a la mañana siguiente al entrar junto a su padre en la sala de estudios–. Mira esto –añadió, levantando el CD que llevaba en la mano.

–¿Qué hay en el CD?

–Es una sorpresa –terció Alex–. Ponlo en tu ordenador portátil.

Tras dirigirle una curiosa mirada al príncipe, Dottie tomó el CD y lo puso en su ordenador. Ante ella aparecieron las imágenes de la fiesta de la velada del día anterior. Pudo ver que, tras su marcha, Alex bailó con su hija. En ningún momento la cámara captó que bailara con la princesa Genevieve.

–¡Qué suerte tienes de tener un vídeo de tu primera fiesta! –le dijo a Zoe–. ¿Te gustó?

–¡Sí! –respondió la niña, que parecía realmente contenta–. El tío Stasi me dijo que podía ponerme de pie sobre sus pies mientras bailábamos. Me hizo reír.

–El heredero a la Corona es todo un personaje –comentó Dottie, mirando a Alex–. A mí también me hizo reír.

–A mi hermano le disgustó que te marcharas de la fiesta antes de que pudiera bailar contigo –contestó Alex.

–Tal vez fue lo mejor; mis tacones le habrían destrozado los pies...

Aquel comentario hizo reír tanto a Alex como a Zoe. Entonces comenzaron con la lección matutina, tras lo que él sugirió que salieran a comer a la piscina. En un momento dado en el que la princesa fue a ponerse el bañador, Dottie aprovechó para hablar con Alex.

–Me alegra que estemos solos durante unos minutos. Quería hablar de la situación escolar de Zoe y preguntarte qué te parecería si yo la acompañara a clase por la mañana. Ya sabes, para darle confianza. Volveríamos a la hora de comer y por la tarde disfrutaríamos juntos de sus clases aquí fuera. ¿Qué te parece?

–Es una idea excelente. Me preocupa que esté tanto tiempo sin tener

contacto con otros niños.

—¿Hay algún niño con el que se lleve particularmente bien en el colegio?

—No que me haya mencionado.

—¿Qué compañeros tiene en clase?

—Aparte de los niños que viven en Hellenica, hay hijos de diplomáticos que trabajan en nuestro país, del Reino Unido, Francia, Italia, Bosnia, Alemania y Estados Unidos.

—Es interesante —respondió Dottie, comenzando a emocionarse. Pero decidió no compartir su idea y terminarse su café.

Él no dijo nada más, pero ella sintió cómo una extraña tensión se apoderaba del ambiente.

—Si me disculpas, voy a ponerme el bañador —comentó tras unos segundos.

—Todavía no —contestó Alex—. Hay algo que tengo que decirte antes de que vuelva Zoe.

—Si es sobre que anoche fue a mi dormi...

—Sí. Después de lo que me dijo Zoe cuando estaba acostándola, debo aclarar este asunto. No voy a casarme con la princesa Genevieve. Jamás he tenido la intención de hacerlo.

Dottie tuvo que forzarse para que él no se diera cuenta de su gran alegría y alivio.

—Desde la muerte de Teresa... —continuó Alex— ha sido la gran ambición de mi abuela unir la Casa de Hel- vetia a la nuestra. Zoe tuvo la mala suerte de oír como mi abuela le contaba sus planes a Sofia. Debido a lo inocente que es, mi hija le ha expresado a su Yiyia su amor por ti y su deseo de que seas su nueva mami.

—Temía que algo así ocurriera —susurró Dottie.

—Anoche hablé con mi abuela. Admitió que había preparado la fiesta de anoche para mí y no para Stasi. Esperaba que, al invitar a la princesa Genevieve, las insensateces de Zoe se acabaran.

—Oh, Dios.

—Mi abuela me ha recordado que debo encontrar una nueva esposa. Está muy agradecida de que hayas descubierto el problema de Zoe, pero quiere que regreses a Nueva York. Incluso ha contratado ya una nueva pedagoga para reemplazarte.

—¿A quién? —quiso saber Dottie, aturdida.

—No lo sé, pero no es importante. Le dije que no tengo ninguna

intención de volver a casarme, que el bienestar de Zoe es lo más importante para mí y que tú te quedas –informó él, mirándola a los ojos–. Estoy seguro de que todo esto te ha impresionado mucho, pero es necesario que conozcas la verdad para que no haya más malentendidos.

–¿Papi?

Ambos se dieron la vuelta y vieron a Zoe intentando sacar su ballena hinchable de la caseta de la piscina.

–¡Necesito ayuda! –exclamó la niña.

–Una vez que haya acostado a mi hija esta noche... –dijo repentinamente Alex antes de dirigirse a ayudar a la pequeña– voy a llevarte a conocer la parte antigua de la ciudad, así que no hagas otros planes.

Alex acostó a Zoe y estuvo leyéndole cuentos hasta que se quedó dormida. Consciente de que su papi no iba a casarse con la princesa Genevieve, la niña por fin estaba tranquila.

Tras indicarle a Sofia que estuviera pendiente de la pequeña, se dirigió a su dormitorio para ducharse y afeitarse. Se vistió con unos cómodos pantalones y camisa. Antes de salir de su habitación, telefoneó para pedir un coche no oficial con los cristales ahumados. Así mismo, telefoneó a seguridad para que escoltaran a Dottie a la entrada privada de palacio.

Una vez que ambos estuvieron sentados en los asientos traseros del vehículo, le explicó a la pedagoga que iba a llevarla al anfiteatro de la ciudad para ver un espectáculo de luz y sonido.

–Allí verás restos de la civilización cicládica y del Imperio Bizantino.

Él había visto el espectáculo muchas veces con dignatarios extranjeros, pero jamás se había sentido tan vivo como aquella noche en la que iba a verlo con Dottie.

A ella le encantó el espectáculo y, una vez que este terminó, exploró el anfiteatro con interés.

Alex la esperó apoyado en una columna. Estaba disfrutando mucho al verla moverse con la gracia que la caracterizaba. Se había vestido con una falda y una blusa que le recordaban a la primera vez que la había visto. Llevaba el pelo peinado hacia atrás.

–¿Dottie? –dijo, acercándose a ella y besándola con pasión.

Los labios de Dottie estaban calientes y eran muy tentadores, pero no profundizó el beso.

–Perdóname por haber hecho esto –susurró sobre su boca–. Ven, vamos

al coche.

La ayudó a entrar en el vehículo y a sentarse en los asientos traseros. Él se sentó a su lado.

—Si quieres, puedes darme una bofetada —murmuró muy cerca de su mejilla—. Pero, si voy a ser castigado, voy a aprovechar la oportunidad y a darte una buena razón para hacerlo —añadió, besándola de nuevo.

Consciente de que Alex no iba a casarse con la princesa Genevieve, Dottie se acurrucó en sus brazos y le devolvió cada beso que recibió. El atractivo príncipe la había cautivado.

Tras varios minutos disfrutando de aquel exquisito encuentro, empujó a Alex por el pecho para separarse de él y poder mirarlo.

—¿Sabes lo que somos? —le preguntó, todavía jadeando.

—Dímelo tú.

—Somos un tópico. El príncipe y la empleada que se escapan para disfrutar de un poco de placer.

—¿Con quién estás más enfadada... conmigo por haberme aprovechado de la situación o contigo por no haberme rechazado? A veces pienso que estoy luchando contra el fantasma de tu marido. Háblame de él. ¿Cómo os conocisteis?

—Nos conocimos en Albany, Nueva York, donde yo crecí. Un día fui a la farmacia a por una receta para mi tía y Neil acababa de comenzar a trabajar allí. Era tarde y no había más clientes. Me dijo que tardaría un rato en prepararla y comenzamos a hablar. Al día siguiente me telefoneó y me pidió salir con la excusa de que acababa de mudarse a Albany y no conocía a nadie. Era divertido y amable.

En aquel momento ella hizo una pausa.

—En nuestra primera cita fuimos al cine y cuando la película terminó me dijo que iba a casarse conmigo y que no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Nos casamos cuatro meses después y, antes de que nos diéramos cuenta, Cory estaba de camino. Yo estaba increíblemente feliz.

Alex la abrazó estrechamente.

—Te envidio por tener esa clase de recuerdos.

—Seguro que tú también tienes algunos recuerdos maravillosos.

—Nunca he tenido poder sobre mi propia felicidad. Las obligaciones con mi país siempre han ido primero. Mi matrimonio con Teresa estaba planeado años antes de que se celebrara. Ella era bella a su manera. Muy dulce. Pero nunca estuve realmente enamorado de ella. En su le- cho de muerte, mi padre me ordenó que me casara con Teresa. No podía negarme.

–Te admiro por ser tan fiel a tu país y a tu padre. ¿Te amó Teresa?

–Antes de morir, me confesó que se había enamorado de mí. Yo le dije lo mismo, ya que no quería herirla. Me dijo que era un mentiroso, pero que me amaba por ello.

–¡Oh, Alex, qué duro para ambos!

–Yo quería enamorarme de ella, pero ambos sabemos que no puede forzarse algo que no existe. Zoe fue mi gran regalo.

–No estar enamorado y tener que casarse... me resulta repulsivo –comentó Dottie–. Y no te preocupes; no te has aprovechado de la situación conmigo en ningún momento.

Hacía tanto que yo no estaba alrededor de un hombre atractivo que tengo las hormonas completamente alteradas.

–¿La tensión que hay entre ambos es eso? ¿Hormonas? –preguntó él con cierta amargura.

–No creo que haya una palabra que lo defina mejor –contestó ella, llevándose las manos a la cara–. Yo amaba a Neil más de lo que te puedas imaginar...

–¿Cómo lograste seguir adelante tras la muerte de ambos? –quiso saber Alex.

–Por mi tía. Me recordó que no todo el mundo tiene la misma suerte que yo. Su novio murió mientras estaba de servicio con la marina en el extranjero. Nunca llegaron a casarse. Me dijo que dejara de sentir pena por mí misma y que hiciera algo útil. Con su consejo consiguió que yo fuera a la universidad y que me convirtiera en pedagoga. Tras mi graduación, me contrataron en el Stillman Institute. No sabía que la ayuda que le presté a mi hijo durante el último año de su vida con su problema de habla me había servido para prepararme para mi carrera.

–¿Está todavía viva tu tía?

–No. Falleció hace catorce meses.

–Lo siento. Me hubiera gustado darle las gracias por el consejo que te dio. Mi Zoe está mejorando mucho gracias a ti –dijo él, acercando a Dottie hacia sí–. ¿Y tus padres?

–Murieron en un accidente de tráfico cuando yo solo era una niña.

–Me da mucha pena que tengas que soportar tanto dolor.

–Gracias. Tus padres murieron debido a enfermedades, ¿no es así?

–Sí. Mi abuela se encargó de nuestra educación –respondió Alex.

–Ha hecho un trabajo maravilloso. Se lo diré cuando me marche de Hellenica –comentó ella, respirando profundamente. Sintió cómo las

lágrimas le caían por las mejillas.

Él le secó las lágrimas y le dio un beso en cada mejilla.

–¿Bajamos ya del coche? –preguntó–. Hemos llegado a palacio hace diez minutos. Probablemente mi chófer quiera irse a la cama... que es donde deberíamos estar nosotros...

Dottie no sabía si Alex había dicho aquello en serio, pero se ruborizó intensamente. Abrió la puerta del coche, salió de este a toda prisa y se dirigió corriendo al palacio. La muerte de su marido había puesto fin a todos los cuentos de hadas para ella.

CAPÍTULO 6

A LAS doce menos cuarto de la mañana del día siguiente, Alex hizo algo sin precedentes y fue a buscar él mismo a Zoe y a Dottie al colegio de preescolar al que había comenzado a asistir de nuevo la pequeña. Se había puesto un elegante traje de chaqueta gris con la intención de impresionar a la mujer que había alterado su vida por completo.

La directora del centro lo acompañó a la clase de la princesa. Allí vio a su hija sentada en las filas de delante y a Dottie en las de atrás. Cuando la directora anunció su presencia, los azules ojos de Dottie reflejaron una gran impresión y se quedó mirándolo durante unos segundos.

La profesora, la señora Pappas, indicó a los doce alumnos de la clase que se levantaran e hicieran una reverencia. Zoe se levantó, pero sonrió y se giró hacia Dottie antes de darle los buenos días a Su Alteza junto al resto de sus compañeros.

Alex jamás había visto a su pequeña tan contenta. Debía haber ido a buscarla con anterioridad. Le había alegrado el día. Dottie estaba transformando su vida de muchas maneras. Todo aquello era gracias a su influencia.

Saludó a todo el mundo, tras lo que regresó a palacio junto a su hija y Dottie. Una vez que se puso el bañador, se reunió con ellas en la piscina. Como Zoe estaba muy alegre y correteando, pudo hablar en privado con Dottie.

—¿Cómo le ha ido a Zoe en clase?

—Ha participado activamente.

—Eso es porque tú le has dado la confianza para hacerlo.

–Ha sido un esfuerzo de equipo. Mira, esta mañana hemos conocido a un alumno estadounidense de preescolar. Se llama Mark Varney. Se supone que debería estar en primer grado, pero sus padres lo han matriculado en preescolar porque no sabe nada de griego y debe empezar con los conocimientos básicos. El niño está muy triste y está convirtiéndose en un chico solitario.

–Y has decidido que dos negativos pueden crear un positivo, ¿no es así?
–respondió Alex.

–Tal vez –concedió ella medio riéndose–. Si a ti te parece bien y los padres de Mark le autorizan a venir a palacio tras la siguiente clase, Zoe y él podrían jugar en la piscina una vez que yo les ayudara con sus lecciones. Un amigo para jugar es lo que tu hija necesita.

–No podría parecerme mejor.

–¡Oh, estupendo!

–Le pediré a Hector que se encargue de hablar con los padres del muchacho y veremos cómo marchan las cosas.

–Gracias –ofreció Dottie con la alegría reflejada en sus azules ojos.

–Soy yo el que debería darte las gracias a ti por pensar en algo así. Zoe es una niña diferente gracias a ti.

–Me has dicho eso bastantes veces y creo que no te das el suficiente crédito a ti mismo, Alex. Cuando Zoe te vio entrar en la clase, se le iluminó la mirada. Todos los padres deberían tener una hija que los quisiera tanto. El tiempo que estás pasando con ella últimamente está teniendo un gran efecto. Sé que te está quitando tiempo de cumplir tus obligaciones, pero nunca te arrepentirás.

–Pedí a mi hermano que regresara. Has logrado que me dé cuenta de que Zoe me necesita y estoy haciendo todo lo que puedo para tener menos responsabilidades.

–Lo sé –contestó Dottie, mirando a la pequeña–. Nos está esperando. Hoy vamos a trabajar con la letra ce.

Cautivado, Alex observó como ella se levantaba y se acercaba a Zoe para comenzar la clase. Sabía que Dottie era más que una simple pedagoga para su hija. Era consciente de que realmente quería que a Zoe le fuera bien en la vida y que superara su problema. Y también lo deseaba para un niño extraño... lo que la convertía en alguien muy interesante para él.

Se metió en la piscina y comenzó a nadar mientras pensaba que ninguna de las numerosas mujeres con las que había estado antes de casarse con Teresa había dejado huella alguna en su corazón. Lo mismo había

ocurrido con las féminas con las que había tenido alguna aventura tras el fallecimiento de su esposa.

Envidiaba la libertad que había tenido Dottie de elegir al hombre con el que casarse, al hombre que había satisfecho su pasión y que le había dado un hijo. Se preguntó si ella se habría sentido tan atraída hacia él como él lo estaba hacia ella si lo hubiera conocido antes de haberse encontrado con su marido en aquella farmacia. Incluso se planteó si se habrían casado.

Sabía que no le era indiferente. La manera en la que había respondido a sus besos la noche anterior le había dejado clara la intensa química que había entre ambos. Así mismo, se había dado cuenta de que de vez en cuando se quedaba mirándolo. Pero no podía llegar a conocer la verdadera naturaleza de sus sentimientos hasta que estuvieran de nuevo a solas.

Con respecto a él, todo lo que sabía era que ella lo había alterado por completo. En solo dos semanas, y sin ninguna intimidad física de por medio, Dottie le había afectado más que lo que lo había hecho Teresa durante los tres años de su matrimonio. Por primera vez en su vida se despertaba sin aliento, aliento que recuperaba al verla. Y también por primera vez estaba cuestionándose el legado real que dictaminaba su destino...

Le aterrorizaban los celos que había sentido al darse cuenta del interés que Dottie había despertado en Stasi. El matrimonio concertado de su hermano se celebraría el día del treinta y cinco cumpleaños de este, en menos de tres semanas. Hasta entonces, Stasi podía mirar y disfrutar de otras mujeres. Pero él se sentía muy posesivo con respecto a Dottie.

Quería a la pedagoga de su hija. Tenía que encontrar la manera de que no se marchara.

Nadó hacia Zoe, que estaba agarrada al borde de la piscina practicando la letra del día con Dottie.

—Aquí está tu papi —comentó Dottie sin mirarlo—. Ahora que tu lección ha terminado, tengo que marcharme a mi dormitorio. Zoe, debes saber que esta noche no podré ir a desearte buenas noches. Tengo planes que no puedo dejar apartados, pero te veré mañana.

Entonces, finalmente miró a Alex.

—Adiós —dijo.

A él no le quedó la menor duda de que, si se hubiera atrevido o no hubiera alarmado a Zoe, Dottie se habría marchado corriendo para alejarse de él cuanto antes. Afortunadamente, uno de los privilegios de ser príncipe era que podía tener a alguien vigilándola veinticuatro horas.

Una vez que ella se hubo retirado, estuvo media hora más en la piscina jugando con su hija, tras lo que ambos entraron en palacio. Cuando Zoe llegó a su dormitorio, le ordenó a Sofia que se marchara. Él intentó razonar con ella para que se disculpara con la niñera, pero la pequeña comenzó a llorar y le suplicó que cenara con ella en su habitación. No quería estar con Yiayia.

El hecho de que Dottie no fuera a ir a desearle buenas noches había sido como una gran nube negra sobre sus cabezas. Le explicó a Zoe que ella tenía derecho a pasar las noches como quisiera, pero sabía que el idílico día que habían tenido se había estropeado por completo.

—Haz que venga, papá.

Alex se rio ante aquello. Nadie podía obligar a Dottie a hacer nada.

Cuando finalmente Zoe se quedó dormida, se dirigió a sus habitaciones a toda prisa. La última persona que esperaba encontrar sentado en su salón era a Stasio con un whisky en la mano.

—Ya era hora de que aparecieras, hermanito —lo saludó su hermano.

Desde hacía un tiempo la manera de hablar de Stasio había reflejado cierto descontento, descontento que había incrementado durante los anteriores meses. Estaba claro que la filosofía de palacio de matrimonios concertados no le gustaba en absoluto.

—¿Has tenido otra pelea con Yiayia? —preguntó Alex mientras se quitaba los zapatos.

—¿A qué te refieres con eso de que si he tenido otra pelea? —respondió Stasi, dejando con fuerza su whisky sobre la mesa—. La pelea es la misma desde hace diecisiete años. Pero esta noche le he puesto fin.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Le he dicho a Yiayia que he roto mi compromiso con Beatriz mientras estaba en Valleder. No puedo seguir adelante con la boda.

Impresionado, Alex se quedó mirando a su hermano. Comprendía mejor que nadie el infierno que suponía el casarse con alguien a quien no se amaba.

—¿Cómo se lo ha tomado Beatriz?

—No muy bien —susurró Stasi, angustiado.

—Pero ella siempre ha conocido tus verdaderos sentimientos. No ha debido de ser una gran sorpresa para ella. Desde hacía mucho tiempo yo pensaba que iba a romper vuestro compromiso.

—Ese milagro nunca ocurrió. Beatriz quería casarse conmigo de la misma manera que Teresa quiso hacerlo contigo. Lo que siempre me ha

impresionado es que llegaras a casarte.

—¿Quieres saber la verdad?

—Claro.

—Era lo último que quería. Nunca me habría casado con ella, pero como padre me pidió en su lecho de muerte que lo hiciera... no pude negarme. Lo único que me ayudó a mantener la cordura fue que no iba a ser rey y mi vida no iba a estar expuesta al público a cada minuto. Y entonces nació Zoe. Ahora no puedo imaginar mi vida sin ella —compartió Alex.

—Yo tampoco. Zoe es un rayo de luz en esta tumba —contestó Stasio.

—¿Qué va a ocurrir ahora?

—Los padres de Beatriz han hecho un comunicado a la prensa. Seguramente todos los telediarios hayan dado ya la noticia o, si no, será cuestión de horas. Van a atacarme sin piedad. He tenido que decírselo a Yiayia esta noche para prepararla para lo que va a ocurrir.

—¿Cómo ha reaccionado la abuela?

—Tú la conoces tan bien como yo. Ha puesto una cara muy seria y ha dicho que la coronación seguirá adelante como estaba previsto. Ha afirmado que se celebrará un matrimonio con una princesa adecuada en un plazo máximo de seis meses. Incluso me ha dado una lista de cinco candidatas.

Alex sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo.

—La reina va a salirse con la suya pase lo que pase —continuó Stasio—. Debemos asumirlo. No se encuentra bien y quiere que yo sea coronado rey.

—Stasi... —dijo Alex, sintiendo una gran angustia por su hermano. Se acercó a abrazarlo—. Estoy aquí siempre para lo que quieras. Lo sabes.

—Lo sé. Ambos hemos resultado difíciles. Yiayia me ha dicho que estás resistiéndote a casarte con la princesa Genevieve.

—Ya me sacrifiqué una vez y no voy a volver a hacerlo.

—La abuela no va a rendirse con respecto a Genevieve. Se lo he oído decir —comentó Stasio.

—Pues va por muy mal camino ya que mi única obligación ahora mismo es criar a mi hija para que sea feliz —respondió Alex.

Con ayuda de Dottie, pretendía que aquello se hiciera realidad. Se sirvió una copa.

—Por ti, Stasi —brindó—. Para que Dios te ayude a encontrar una manera de soportar lo que tienes por delante.

En silencio, también brindó para que Dios los ayudara a los dos...

Tras haber pasado la noche en vela pensando en Alex, Dottie se sentía ansiosa y solo probó unos bocados de su desayuno. Como él no había llevado a Zoe todavía para su lección matutina, comprobó sus correos electrónicos, entre los que encontró la respuesta al correo que le había enviado al doctor. Rice.

Querida Dottie:

Gracias por ponerme al día de los avances de la princesa Zoe. Me ha alegrado mucho saber que está progresando. Si alguien puede conseguir milagros, eres tú. Con respecto a tu requerimiento, he entrevistado a varias terapeutas que creo trabajarían bien con ella, pero la que me ha parecido la mejor no está disponible tan pronto como quieres. Te informaré de cuándo estará libre para trabajar para nosotros.

Por cierto, en todos los telediarios han dado la noticia de que el príncipe Stasio ha roto su compromiso matrimonial con la princesa Beatriz. Ella está aquí, en Manhattan. La vi en las noticias entrando en el hotel St. Regis. ¡Qué coincidencia que tú estés trabajando para el príncipe Alexius! ¿Has conocido a su hermano? Bueno, cuídate. En breve volveré a ponerme en contacto contigo.

Ella reposó los codos en la mesa y se tapó los ojos con una mano. Pensó que el príncipe Stasio le había hecho tanto a la princesa Beatriz como a él mismo un enorme favor. Casarse con alguien a quien no se amaba debía de ser absolutamente terrible.

–¿Dot? –dijo Zoe, corriendo hacia ella y dándole un estrecho abrazo.

Dottie cerró los ojos y le devolvió el abrazo a la pequeña. Cuando volvió a levantar los párpados, vio que Alex estaba delante de ellas vestido con una camiseta azul y unos anchos pantalones vaqueros.

–Hemos venido a invitarte a salir con nosotros en barco –explicó él–. Podemos pasarlo bien y darle a Zoe lecciones al mismo tiempo.

Aquella propuesta asustó a Dottie. Sabía que aceptar sería un error, pero le apetecía mucho ir con ellos. Aunque era consciente de la peligrosidad de acompañarlos...

–Tal vez sea bueno que disfrutéis de un día sin mi presencia. A Zoe no le pasará nada por perderse una lección –respondió.

–Me temo que en esta ocasión necesito tu cooperación –contestó Alex con una seria expresión reflejada en la cara–. Hay algo muy urgente que debo hablar contigo.

Ella apartó la mirada. Seguro que aquello tenía que ver con Stasio.

—Está bien —concedió—. Esperad un minuto para que pueda tomar algunos objetos para la lección.

—Tómate todo el tiempo que quieras —dijo él con un profundo tono de voz que alteró por completo a Dottie.

Una vez que Zoe le hubo ayudado a meter algunos objetos en su mochila, Dottie se cambió de ropa y se puso una camiseta sin mangas y unos pantalones cortos. Cuando salió del cuarto de baño, el príncipe la miró de arriba abajo y ella sintió como un profundo acaloramiento se apoderaba de su interior. Incluso se ruborizó. A continuación metió en su mochila un bañador, se puso sus gafas de sol y dijo que ya estaba preparada.

Al salir de palacio, Alex le informó de que tenía que realizar algunos negocios en una de las islas de Hellenica, por lo que irían en el yate. El agua estaba muy tranquila.

Una vez a bordo, Zoe se puso un alegre bañador y correteó muy emocionada por la cubierta. Él invitó a Dottie a sentarse en uno de los sillones que había junto a una bonita mesa. Un camarero les sirvió bebidas y unos aperitivos. Ella pensó que aquel era el mejor momento para hablar de Stasio. Se giró para hablar con Alex, pero le impactó ver que este se había quitado la camiseta y había dejado al descubierto su musculoso pecho. Se quedó sin aliento.

Tuvo que admitir para sí misma que deseaba volver a acurrucarse en él y besarlo. No podía creer que tras haber perdido a Neil pudiera tener aquellos sentimientos tan intensos hacia otro hombre y que pudiera desear ser poseída por él. Había estado muerta por dentro durante mucho tiempo y le aterrizzaba lo mucho que deseaba a Alex. Ansió que el doctor Rice le enviara un correo electrónico para informarle de que su sustituta llegaría a Hellenica la semana siguiente ya que, si no, se vería inmersa en una situación que finalmente solo le haría daño. Deseaba demasiado al príncipe...

—Alex, el jefe de mi departamento en Stillman ha respondido esta mañana a un correo que yo le envié —comentó.

—¿Te refieres al correo en el que le pedías que encontrara otra terapeuta para Zoe? —exigió saber él.

—Sí. Y me ha dicho que probablemente en una semana tenga a alguien disponible para reemplazarme. Seguro que para entonces Zoe ya tendrá más confianza en sí misma y trabajará bien con la nueva pedagoga.

—Sabes tan bien como yo que eso no es cierto. No puedes marcharte, no con la coronación tan cerca —respondió él con gran frialdad.

–¿Todavía va a haber coronación?

–¿Por qué me preguntas eso? –preguntó Alex, levantándose del sillón.

–El doctor Rice me ha comentado que han dado la noticia de la ruptura del compromiso matrimonial de Stasio en todos los telediaros.

Él se quedó muy serio y pensativo.

–Perdóname si te he disgustado –se disculpó Dottie, levantándose a su vez.

–No te preocupes. Yo me enteré anoche de que mi hermano había roto el compromiso. No se amaban. La vida de mi hermano ha sido un infierno. La coronación va a llevarse a cabo, pero mi abuela le ha dado a Stasio seis meses para casarse con una de las candidatas de una lista que ha escrito.

–Pero...

–No hay peros –interrumpió Alex, enojado por la situación de su hermano–. Solo espero que logre encontrar cierta compatibilidad con alguna de esas princesas. Pero como no hay nada que yo pueda hacer aparte de apoyarlo, prefiero concentrarme en la lección de Zoe. ¿Qué has planeado para hoy?

–Como estamos en el yate, he pensado que podemos trabajar con la y. Zoe ya puede decir «Yiayia» bastante bien.

Tras intentar inútilmente durante unos minutos que la pequeña cooperara en la lección, le ofrecieron tomar una limonada. Obviamente la niña solo quería divertirse en alta mar. Hacía un día estupendo y las islas de Hellenica eran preciosas. Alex se dirigió entonces a su invitada.

–Vamos a echar anclas en esa isla que tenemos delante. Se llama Argentum. El ingeniero jefe de minas de la zona va a subir a bordo para una comida de negocios. También es mi mejor amigo.

–¿Dónde os conocisteis? –preguntó Dottie.

–Estudiamos juntos la carrera de Ingeniería, tanto aquí como en Colorado.

–¿Cómo se llama esa isla alta que hay detrás de Argentum? –quiso saber ella.

–Es Aurum, donde vivimos normalmente Zoe y yo –contestó él, que todavía no se había puesto la camiseta–. Allí también tenemos minas. A Bari y a mí nos apasiona nuestro trabajo.

Dottie estaba temblando debido a la proximidad con Alex. Tomó su limonada de la mesa para poner cierta distancia entre ambos.

–¿Echas de menos Aurum?

–Sí –respondió él, mirándola de arriba abajo–. Zoe y yo preferimos

vivir allí. El palacio que tenemos es mucho más pequeño que el de Hellenica y tiene mucha vegetación alrededor que logra mantener la temperatura más fresca. Te llevaremos a verlo la semana que viene para que Zoe pueda enseñarte el jardín de su habitación.

Dottie no hizo ningún comentario al respecto ya que si seguía allí la semana siguiente no pretendía ir con él a ninguna parte. No sería buena idea.

—¿La llevas al colegio en helicóptero?

Alex asintió con la cabeza.

—Cuando tenga que ir a primaria, lo hará en Aurum —respondió, bebiéndose su bebida de un trago. A continuación tomó su camiseta—. ¿Bajamos a refrescarnos antes de que venga Bari?

Zoe siguió a su padre por las escaleras del elegante yate y Dottie siguió a ambos.

—Ven con nosotros —le pidió la niña, tomándola de la mano.

—Yo tengo mi propio camarote —contestó Dottie.

—Hazle venir —exigió entonces la pequeña, mirando a su padre.

—¿Zoe? Nosotros tenemos nuestro camarote y ella tiene el suyo —explicó Alex con paciencia.

Pero la niña no soltó la mano de Dottie.

—Quiero estar contigo.

—Está bien, no te preocupes —le dijo Dottie a él antes de que protestara—. Zoe y yo nos refrescaremos juntas. Dentro de un rato nos reuniremos contigo en cubierta.

La niña estaba comportándose de manera diferente aquel día. Era obvio que se había percatado de la tensión que se respiraba en palacio tras la ruptura del compromiso de su tío Stasio.

CAPÍTULO 7

–TENGO una idea, Zoe –le dijo Dottie a la pequeña una vez que se hubieron retirado–. Cuando te duches, podemos dormir un poco. Me ha entrado sueño debido al calor.

–A mí también.

En su camarote había dos camas de matrimonio y en poco rato acostó a Zoe.

–¿Dot? Por favor, ¿puedes quedarte con papi y conmigo para siempre? Sé que no eres mi mami, pero papi ha dicho que una vez fuiste mamá.

Dottie se quedó muy impresionada ante aquello.

–Sí. Tuve un niño pequeño que se llamaba Cory. Al igual que tú, tuvo que trabajar para mejorar su habla.

–¿Qué le ocurrió? –quiso saber Zoe.

–Murió en un accidente de tráfico junto a mi marido.

–Así que estás sola.

–Sí –murmuró Dottie.

–Mi mami murió y ahora papi y yo estamos solos.

–Pero tú tienes a tu bisabuela y a tu tío.

–Pero yo te quiero a ti.

Dottie también quería estar con Zoe todo el tiempo. Había llegado a quererla mucho y pensó que le encantaría cuidarla permanentemente. Pero era imposible, ni siquiera debía considerarlo.

–Disfrutemos del hecho de que estamos juntas ahora, ¿te parece? –respondió.

–Sí –concedió Zoe, cerrando los ojos y durmiéndose.

Aprovechando la situación, Dottie se duchó y se vistió con unos pantalones vaqueros y una blusa. Cuando salió del cuarto de baño, la otra cama del camarote le pareció muy apetecible. Decidió tumbarse sobre la colcha hasta que Zoe se despertara...

Repentinamente oyó una voz masculina susurrando su nombre. Levemente desorientada, se giró y vio a Alex sentado en el borde de la cama. Le dio un vuelco el corazón.

–Gracias por ocuparte de Zoe –dijo él, mirándola fijamente a los ojos.

–Quería hacerlo.

–Con tu ayuda he sido capaz de terminar la comida de negocios en tiempo récord y he venido a traerle a Zoe ropa limpia. ¿Tienes idea de lo guapa que estás ahí tumbada?

Dottie se quedó sin aliento e intentó levantarse, pero Alex colocó un brazo sobre su cuerpo para impedirse.

–Por favor, suéltame –suplicó–. Zoe va a despertarse en cualquier momento.

Él se echó sobre ella y le acarició un brazo.

–Aprovecharé cada momento que pueda. No he podido pensar en otra cosa que en estar a solas contigo.

–Alex... –gimió Dottie al acercar él la cabeza a la suya.

–Me encanta cuando dices mi nombre de esa manera –comentó Alex antes de besarla con pasión.

A los pocos segundos profundizó el beso, que se convirtió en algo muy sensual. No solo le besó la boca, sino también la cara y la garganta. Cuando la había besado por primera vez había despertado en ella un fuego que nunca se había apagado. Y en aquel momento, con su maestría, estaba logrando que las llamas de ese fuego se avivaran como un incendio muy intenso.

Sin aliento, hundió la cara en el cuello de Dottie.

–Te deseo. Jamás he deseado tanto a una mujer y sé que tú me deseas de la misma manera.

–Creo que eso está claro –admitió ella.

En ese momento, volvieron a perderse en un ardiente beso, pero los besos ya no bastaban para satisfacer las necesidades de ambos. El deseo era demasiado potente.

Alex los había llevado a un nuevo nivel. Dottie se sentía apreciada, valorada. Mientras disfrutaba de aquel encuentro, repentinamente oyó la sirena de un barco, sirena que le recordó que estaba en el yate del príncipe

Alexius de Hellenica, en pleno día y con la hija de este durmiendo junto a ellos. Se planteó qué ocurriría si Zoe se había despertado y los había visto...

Horrorizada por haber llegado tan lejos, rompió el beso y se apartó de Alex. Logró levantarse antes de que él se lo impidiera.

—¿Dottie? —dijo Alex con el deseo reflejado en la voz.

Pero ella no podía quedarse allí y permitir que el hechizo que él le había echado siguiera surtiendo efecto. Tomó su bolso y salió del camarote a toda prisa. Se dirigió a cubierta. Un miembro de la embarcación se acercó a ella.

—¿Señora Richards? Hemos llegado a Hellenica. Puede desembarcar cuando quiera.

Dottie pensó que cada minuto que pasara abordo contribuiría a crear habladurías sobre ella y Alex. Y sabía que la reina no se merecía aquello, sobre todo no después de lo mucho que seguro que le había hecho sufrir lo ocurrido con Stasio.

—Gra... gracias —ofreció. Sin vacilar, se bajó del yate y se montó en la limusina que estaba esperando en el puerto.

Mientras esperaba, se peinó y se pintó los labios para intentar estar presentable.

Tras unos minutos, Alex se acercó al vehículo junto a Zoe.

—¡Dot! —exclamó la niña, subiendo a la limusina a toda prisa.

—¿Acabas de despertarte? —le preguntó Dottie a la pequeña, concentrándose en ella.

Durante el trayecto de regreso a palacio, Zoe charló contenta con su padre. Hector estaba esperándoles en la entrada.

—Bienvenido, Su Alteza. La reina y el príncipe Stasio están esperándolos tanto a usted como a la princesa en la suite de Su Majestad.

Angustiado, Alex salió del vehículo y ayudó a Zoe a que también saliera.

—Vamos, Dot —le dijo la niña a Dottie, tomándola de la mano.

—Lo siento. La reina ha pedido veros a tu papi y a ti. Yo tengo que hablar con el director de mi centro de trabajo en Nueva York —explicó Dottie—. Te veré mañana cuando vayamos al colegio.

A continuación se apresuró a subir a su habitación, perseguida por demonios contra los que había estado luchando desde que había llegado a Hellenica. Desde el momento en el que aquella misma tarde había estado en los brazos de Alex, esos demonios estaban ganándole la batalla.

Sus instintos le decían que tomara sus maletas y regresara a Nueva York de inmediato, pero sabía que, si lo hacía, la situación de Zoe empeoraría... y quería mucho a la pequeña.

Se acercó a la mesilla de noche y tomó el teléfono.

—Soy la señora Richards. ¿Podrían enviarme un coche? Voy a ir a la ciudad —le pidió al empleado de palacio que respondió su llamada.

Decidió cenar en algún restaurante de la ciudad y visitar algunos lugares de interés. Después de haber dormido tanto durante la tarde, sabía que tardaría horas en conciliar el sueño.

Alex esperó a que Hector le informara por teléfono. Cuando este le telefoneó, supo que Dottie había regresado a palacio. Eran las diez menos diez de la noche. Salió del dormitorio de Zoe y esperó a Dottie en lo alto de las escaleras que llevaban a la habitación de esta.

Mientras ella subía las escaleras, lo vio y comenzó a ir más despacio.

—¿Alex? ¿Qué ocurre? —preguntó, alarmada.

—Digamos que muchas cosas. Desde que llegaste a Hellenica he estado merodeando por todas partes para lograr pasar tiempo a solas contigo. Tienes razones para pensar que soy tu fantasma personal de la ópera —contestó él—. Tenemos que hablar, pero no aquí. Sé que no puedo darte órdenes, pero te pido que vengas conmigo como favor personal.

La tensión se apoderó del ambiente al comenzar a bajar él las escaleras. Aliviado, vio que ella lo siguió hasta la planta principal. Salieron del palacio por una puerta donde les esperaba su deportivo.

—Compré este coche hace diez años —explicó—. Lo utilizo cuando necesito estar solo para pensar.

Una vez que ambos se hubieron montado en el vehículo, comenzó a conducir hasta una aislada y rocosa zona de la costa.

—Pero no estás solo —comentó Dottie, susurrando.

—Si te refieres a los guardaespaldas, tienes razón —respondió Alex, sintiendo lo nerviosa que estaba ella—. Tranquila.

Si quisiera seducirte, no estaríamos aquí. Elegí el deportivo para mantener las manos apartadas de ti esta noche.

—Alex...

—Permíteme terminar —interrumpió él—. Sea lo que sea lo que piensas de mí, no suelo llevarme a atractivas mujeres a la cama cuando me apetece. Viniste a Hellenica para ayudar a Zoe. Ninguno de los dos podría haber previsto lo que iba a ocurrir entre ambos. Sé que, aunque la memoria de tu

marido seguirá siempre viva en tu corazón, la química que hay entre tú y yo es más fuerte de lo que jamás haya sentido. Y los dos sabemos que no va a desaparecer.

Dottie bajó la cabeza.

—Pasar una noche contigo jamás podría ser suficiente para mí —continuó Alex, agarrando con fuerza el volante—. Sé que no aceptarías ser mi amante y yo nunca te pediría que lo hicieras. Pero hasta la coronación, te pido que sigas ayudando a Zoe. Tanto Stasio como mi hija me necesitan, pero yo no puedo estar en dos lugares al mismo tiempo. Él está aferrándose a mí y dejando a un lado a nuestra abuela, que está realmente ofendida.

—Puedo imaginármelo.

—Estoy preocupado por los dos y le he pedido al doctor que venga a palacio. Está atendiéndolos ahora mismo, viendo lo que se puede hacer para lograr que superen esta pesadilla. Me ha dicho que debo estar con Stasio todo el tiempo. Le he pedido a nuestro primo Philippe que venga a quedarse con él un par de días para que mi hermano tenga a alguien en quien confía para hablar.

—Lo siento tanto, Alex —comentó ella.

—Yo también —dijo él entre dientes—. Desafortunadamente, toda esta situación tiene un impacto negativo en Zoe. Cuando hoy regresamos a palacio, tardé una hora en lograr tranquilizarla. Quería ir a tu habitación contigo. Esta noche me ha suplicado que seas su nueva niñera.

—No funcionaría —dijo Dottie.

—¿Crees que no lo sé? —espetó Alex, frustrado—. Pero como solución temporal... ¿estarías dispuesta a quedarte con Zoe en el palacio de Aurum hasta la coronación? A ella le encanta nuestro hogar, sobre todo el jardín. Uno de nuestros empleados tiene nietos con los que juega. Yo iría cada noche en helicóptero a desearle buenas noches. Cuando la coronación haya terminado, regresaré a Aurum y tú podrás hacerlo a Nueva York. ¿Me ayudarás?

—Por supuesto —contestó ella sin mirarlo.

—Gracias —ofreció él, un poco más relajado—. El sábado os llevaré a ti y a Zoe en el yate.

—¿Vas a invitar al chico Varney para que venga a palacio mañana tras el colegio?

—Sí. Cualquier distracción será mejor que la compañía de mi abuela, que no está de muy buen humor. Siempre ha sido muy fuerte, pero jamás vio esto venir con Stasio.

–Pareces agotado, Alex. Volvamos a palacio para que descanses – sugirió Dottie.

Él giró en la carretera y dirigió el deportivo de vuelta a palacio. Al llegar, observó cómo la única persona que podría aliviar su dolor se bajaba del coche y se alejaba a toda prisa...

Dottie se dio cuenta de que a Zoe le daba vergüenza estar con Mark Varney. La pequeña se quedó con su padre en la zona poco profunda de la piscina.

Acababan de regresar del colegio. Mark era un encantador niño rubio con mucha soltura que se metió en la piscina sin dudar y comenzó a nadar. Dottie se sentó en el borde de la piscina para charlar con él.

–Mi madre me dijo que Zoe habla raro. ¿Qué le pasa? –preguntó el pequeño.

–A veces, algún niño no puede emitir los sonidos como quiere. Pero yo estoy trabajando con ella para que logre emitirlos bien. En un futuro hablará como tú, pero por ahora esperaba que me ayudases.

–¿Cómo? Ella es una princesa –dijo Mark, impresionado.

–Olvídate de eso. Zoe es una niña. Simplemente sé su amigo. Puedes ser su mejor profesor.

–¿Ah, sí?

–Sí. Eres mayor que ella y hablas muy bien. Si jugáis juntos, te oirá emitir sonidos e intentará imitarlos. Eres un muchacho y a los muchachos les gustan los retos, ¿no es así?

–Sí –respondió el niño, sonriendo.

–Bueno, pues empieza retándola a ella. Dile que no puede decir «burro».

–¿Burro?

–Sí. Por el momento, Zoe está trabajando con las letras be y te. Conviértelo en un juego. Dile que, si logra decir bien «burro», le enseñarás tu MP3. Vi como jugabas con él de camino a palacio.

–No se lo digas a mi padre. Se supone que no debo llevarla al colegio.

–Si tu padre descubre que te lo llevas, le diré que lo utilizas para ayudar a Zoe. Ella jamás ha visto uno de esos. Tu MP3 tiene una modalidad en la cual se pueden escuchar sonidos de animales, ¿verdad?

–Oh, sí...

–A Zoe le fascinará.

–¡Qué bien! Esto es divertido.

A Dottie le agradó que a Mark le divirtiera aquello.

–Vamos a pelear con agua con su padre y ella –dijo, quitándose la bata y metiéndose en la piscina–. Tú súbete a la ballena. Yo te empujaré hasta ellos y comenzaremos a salpicarles.

–¿No se enfadará el príncipe?

–Sí –respondió Dottie, sonriendo–. Se enfadará mucho.

La cara del niño reflejó gran alegría y ambos se acercaron a sus objetivos. Ella deseó que Alex se enfadara lo suficiente como para olvidarse de sus propios problemas. La noche anterior lo había notado realmente angustiado.

Estuvieron salpicándose agua unos a otros en una alegre guerra de equipos. El mejor sonido de todos fue la risa de Alex. Zoe y Mark parecían llevarse muy bien.

–Tu experimento está funcionando –le comentó Alex a Dottie en un momento dado, mirando lo alegre que finalmente estaba su hija.

–Le he pedido a Mark que ayude a Zoe. Es un niño encantador. ¿Qué te parecería que el viernes también venga a palacio después del colegio?

–Estoy abierto ante cualquier cosa que ayude a que el habla de Zoe mejore y la haga feliz.

–Pues parece que Mark está logrando ambas cosas. Me han comentado que ha estado muy triste y estaba pensando que tal vez podría venir con nosotros a Aurum el sábado. Tendrías que hablar con sus padres. Si a éstos les parece bien, incluso podría visitar la isla la semana que viene.

–Me gusta la idea –contestó Alex.

–¿De verdad? –preguntó ella.

–No hubiera dicho eso si no lo pensara.

–Gracias. Zoe y yo podríamos venir a Hellenica a buscarlo después de sus clases.

–Yo podría traerlo de vuelta en helicóptero por la tarde –dijo él.

Dottie se quedó mirándolo y pensó que la distancia física que habían decidido poner entre ambos Alex y ella estaba resultándole muy dura. ¡Lo deseaba tanto! En sus brazos había vuelto a sentirse viva...

–¿Su Alteza?

La voz de Hector provocó que Alex esbozara una mueca. Dottie no se había dado cuenta de que el asistente había salido a la piscina.

–El príncipe Alexandre Philippe ha llegado de Valleder y se requiere su presencia en el salón de la reina. Se ha reunido a los ministros.

–Gracias, Hector –respondió Alex–. Dile a la reina que estará allí en

unos minutos.

Cuando el asistente se hubo marchado, miró a Dottie.

–Me temo que esta será una noche larga. Será mejor que me marche ahora que Zoe está entretenida.

–Es una buena idea. Nosotras acompañaremos a Mark al coche de sus padres antes de que oscurezca. Zoe puede cenar conmigo y después la acostaré yo –ofreció ella.

–No sabes lo que significa para mí saber que tú estás ocupándote de mi hija. Sofia estará allí para ayudar. Intentaré subir para darle un beso de buenas noches, pero no puedo prometer nada.

–Lo comprendo.

–Si no nos vemos hoy, lo haremos mañana a las nueve de la mañana.

Dottie se dio cuenta de cómo estaba mirándole él la boca... con un intenso brillo reflejado en sus oscuros ojos. Estaba claro que, al igual que ella, estaba recordando los apasionados momentos que habían pasado en el yate. Sintió como un intenso fuego le recorría el cuerpo.

Con una natural agilidad masculina, repentinamente Alex salió de la piscina y desapareció dentro de palacio. Una angustiosa sensación de pérdida se apoderó de ella.

CAPÍTULO 8

LOS marrones ojos de Zoe se iluminaron cuando vieron a Mark bajarse de la limusina de su padre y dirigirse al yate. Alex habló durante un rato con el padre del niño antes de reunirse con ellos.

Dottie estaba muy emocionada. El día era precioso y tanto Zoe como Mark parecían muy alegres. Cuando llegaron a Aurum, se dio cuenta de que era una isla distinta a Hellenica. Las montañas eran más altas y había muchos árboles. Sentía mucha curiosidad por ver el lugar donde vivían Alex y Zoe. Al acercarse en limusina al palacio, vio que este también era muy distinto al que ocupaba la familia real en Hellenica. Entre la densa vegetación que lo rodeaba, descubrió que era de estilo árabe y que solo tenía una planta.

—¡Oh! —exclamó, embelesada.

—¡Vaya! —exclamó a su vez Mark.

Pasaron con la limusina junto a una mujer que aparentaba tener cincuenta años; estaba de pie en una puerta que daba a un patio interior donde había una piscina rodeada de un jardín exquisito. El palacio era realmente precioso, encantador. Mientras exploraban el jardín, Dottie miró a Alex y vio la gran dulzura que reflejaba su cara, la misma dulzura que reflejaba la de Zoe cuando estaba realmente contenta por algo.

—¿Quieres ver mi habitación? —le preguntó Zoe a Mark.

—Primero quiero seguir a ese pavo real —respondió el niño, señalando uno de los animales del jardín.

—Está bien —concedió Zoe, siguiéndolo mientras sujetaba a su muñeca Baby Betty en las manos.

–Chicos y chicas. La naturaleza humana no cambia –comentó Alex, mirando la escena.

Dottie se rio. Tras un rato fueron a ver el dormitorio de la niña, que era una verdadera obra de arte morisco.

–Tu habitación está aquí al lado –le dijo Alex a Dottie–. ¿Te gustaría verla?

Impresionada ante tanta belleza, ella lo siguió a otra hermosa alcoba, decorada en tonos azules.

–Fuera quien fuera que pintara los acianos en esta habitación, debió de tener tus ojos en mente –dijo él, mirando las bonitas flores esculpidas que decoraban las paredes–. Crecen salvajes en las laderas de las montañas. Las verás cuando salgas de paseo o a montar a caballo con Zoe.

–¿Es este el dormitorio que solíais utilizar tu esposa y tú? Es increíble.

–Teresa nunca vivió aquí conmigo. Como mi abuela, prefería el palacio de Hellenica. Este lugar le parecía demasiado exótico y aislado, las montañas demasiado salvajes. Mi madre solía utilizar este dormitorio como habitación de invitados. Desde la muerte de Teresa, han sido las numerosas niñeras que ha tenido Zoe las que lo han ocupado. Mi habitación está en la siguiente alcoba. Un poco más adelante por el pasillo hay un estudio que utilizo para trabajar. Siéntete libre para utilizar cualquier estancia durante el tiempo que estés aquí.

–Jamás había visto algo tan inusual y bello –confesó Dottie.

–Comparto tus sentimientos. Cuando entramos en la propiedad, viste a Inez. Ella y su marido, Ari, son los jefes del personal de palacio. También hay un guardabosques y está Thomas, que se encarga del establo. Todo lo que tienes que hacer es levantar el teléfono e Inez enviará a una de las sirvientas para ayudarte.

–Gracias. No esperaba encontrar el paraíso cuando vine a Hellenica. Será mejor que vaya a comprobar cómo está Zoe –dijo Dottie, que se dirigió al dormitorio de la niña.

Pero la pequeña no estaba allí. Alex la siguió muy de cerca, tanto que ella pudo sentir su respiración en la nuca.

–Te daré una oportunidad para que descubras dónde está –dijo él.

–Bueno, Mark es bastante mono. Zoe todavía no sabe que está jugando con fuego –bromeó ella.

–Es cierto –concedió Alex, agarrando a Dottie y dándole la vuelta–. Pero yo sí lo sé y ahora mismo no me importa nada. Te deseo tanto que me tiembla todo el cuerpo –añadió, colocándole una mano en su pecho–.

¿Sientes lo rápido que me late el corazón? Es el efecto que tienes en mí. Sé que prometí no tocarte, pero no soy lo bastante fuerte como para mantener mi palabra. Vas a tener que ayudarme.

Ella no podía pensar, no podía respirar. La boca de él estaba demasiado cerca de la suya. Intentó apartar la mano, pero no le respondían las articulaciones.

—Alex... —gimió antes de tomar la iniciativa de besarlo.

Sintió que las bocas de ambos se unían en un hambre conjunta. Lo abrazó por el cuello, ansiosa por fundirse con él. El beso se prolongó durante varios minutos debido a la apasionada respuesta de Alex. Besarle era un auténtico placer, una delicia.

Pero repentinamente oyó a los niños reírse... y el sonido estaba demasiado cerca. No sabía si los pequeños habían asomado la cabeza por la puerta y los habían visto. A regañadientes se apartó de Alex.

—Los he oído —susurró él antes de que ella pudiera decir nada.

—Espero que Zoe no nos viera.

—Odio tener que decirte esto, pero se despertó en el último minuto en el yate.

Dottie se sintió enferma.

—Todas las niñas de cuatro años han visto *La Bella Durmiente* —comentó Alex—. Mi Zoe sabe que cuando el príncipe azul besa a la princesa para que esta despierte, es el verdadero amor el que logra el encanto.

—No creerás que nos ve de esa manera, ¿verdad...? —preguntó ella, muy impactada.

—¿Quién sabe? Te ve como su mami. Yo te he traído a mi palacio. Y la manera en la que estábamos devorándonos el uno al otro ahora mismo seguramente le haya hecho creer que vamos a estar juntos.

—Entonces tienes que aclarárselo, Alex —espetó Dottie, apartándose de él.

—Me temo que es demasiado tarde. Voy a contarte el resto.

—¿Qué más hay?

—Sofía habló conmigo en privado esta mañana antes de que saliéramos de palacio. Al igual que Hector espía para mi abuela, Sofía es mis ojos y oídos en lo que a Zoe se refiere. Parece ser que mi hija le dijo a la reina que tú y yo íbamos a venir hoy a Aurum. Pero también le dijo que no llorara, que cuando tuviéramos el bebé se lo llevaríamos a ver.

Dottie no sabía si llorar o reír... pero finalmente las lágrimas ganaron la partida.

—A tu abuela verdaderamente se le ha caído el mundo encima.

Él la abrazó de nuevo y le dio un pequeño apretón.

—Lo que ha ocurrido entre tú y yo no estaba planeado. Durante dos años he estado diciéndole a la reina que no volvería a casarme, así que no te sientas culpable por Genevieve —dijo, besándole los párpados y a continuación la cara.

—Lo que realmente siento es miedo por Zoe. Se ha aferrado a mí por su problema de habla. No me quedará mucho más tiempo y cada día más que estoy aquí hace que la despedida vaya a ser mucho más dura.

—¿Crees que no lo sé? —dijo Alex, estremeciéndose.

En ese momento ella se apartó de él.

—Sé que lo sabes, pero debemos establecer algunas reglas. No quiero que Zoe vuelva a vernos en una situación comprometida. Y nosotros no podemos estar solos de nuevo. Esto tiene que terminar aquí para que Zoe no fantasee sobre nosotros, Alex. No es algo bueno. Voy a mi habitación para deshacer las maletas. Tú ve con Mark y ella, por favor.

Rota de dolor, se marchó dejando a Alex allí de pie completamente lívido.

El miércoles por la noche de la semana siguiente, Alex se encontraba de tan mal humor como Stasio. Hacía cinco días que Dottie le había dicho adiós en la isla, pero no podía soportarlo durante más tiempo y necesitaba verla. Tenía que hacer algo o iba a volverse loco.

Philippe acababa de regresar a Valleder, aunque volvería a Hellenica con su familia para la coronación. Hasta entonces, Stasio y él estaban solos.

—Creo que estás tan inquieto como yo —comentó Stasio, mirando a Alex de manera sagaz.

—Tienes razón —reconoció Alex, levantándose—. Avisa a seguridad y ven conmigo. Voy a ir a Aurum para desearle buenas noches a Zoe.

—¿Y Dottie?

—No quiero hablar de ella. Cuando Zoe se haya dormido, saldremos a acampar en las montañas. En lo que se refiere a mujeres, no puedo tener lo que realmente quiero. Y aunque pudiera, Dottie no me querría. Adoraba a su marido. ¿Por qué crees que todavía está soltera? Ningún hombre está a la altura. El día después de tu coronación, se marchará del país tanto si ha llegado la pedagoga que va a sustituirla como si no.

—Zoe no lo soportará —dijo Stasio, preocupado.

—Tendrá que hacerlo —respondió Alex—. Todos vamos a tener que

continuar con nuestras obligaciones. Tú nunca has sido capaz de tener lo que realmente querías. ¿Crees que no sé cómo te has sentido? Me angustia pensar en ello.

—¿Qué quieres hacer entonces, hermanito? —preguntó Stasio, compungido.

—Vámonos de aquí —contestó Alex, frunciendo el ceño.

En pocos minutos estuvieron sentados en el helicóptero que los llevaría a Aurum. Cuando aterrizaron en la isla, Zoe se acercó corriendo a ellos junto a otros niños que vivían por la zona.

Alex tomó en brazos a su hija y la abrazó.

—Te he echado de menos —le dijo.

—Yo también a ti, papi —respondió la niña.

—¿Dónde está Dottie? —quiso saber él, besando los rizos de su hija.

—En el pueblo —contestó Zoe, rompiendo a llorar—. Me dijo que no podía ir con ella.

—¿Me das un abrazo a mí? —terció Stasio, abrazando a su sobrina.

Inez se acercó para llevarse a los demás niños y dejar a los príncipes a solas con Zoe.

—Siento que Mark esté resfriado y que no haya podido venir hoy —dijo Alex.

—¿Crees que podrá venir mañana? —preguntó la pequeña.

—Lo averiguaré.

—Yo sé que quiere venir. Dot nos dijo que después de nuestra lección nos llevaría a ver los patos. ¡Mark tiene muchas ganas!

Stasio le puso una mano en el hombro a su hermano.

—Voy a ir al establo para preparar los caballos.

Alex asintió con la cabeza.

—Ven, mi pequeña princesa. Está haciéndose tarde. Es hora de acostarse.

Mientras Zoe hablaba con él, se dio cuenta de lo bien que emitía ya casi todos los sonidos. Dottie había logrado un cambio espectacular. Le estaba muy agradecido.

Cuando acostó a la niña y le hubo leído algunos cuentos, llegó el momento de las oraciones.

—Bendice a mi papi y a mi Dot —dijo Zoe al terminar de rezar.

Impresionado, él parpadeó. ¡Su pequeña había dicho «Dot» perfectamente!

Sabía el gran esfuerzo que había hecho Dottie para conseguir que Zoe

la llamara Dot y no mami. ¡Y finalmente había conseguido que lo dijera con total naturalidad!

Repentinamente fue consciente de que amaba a Dottie Richards. No solo la deseaba, sino que la amaba profundamente. Quería que formara parte de su vida y necesitaba decírselo.

Una vez que Zoe se durmió, se apresuró a ir al establo para contarle a Stasio el gran avance de su hija. Pero cuando se acercó a su hermano, el teléfono móvil de este sonó. Por la expresión que reflejó la cara de Stasio cuando respondió, supo que había problemas.

—Era Hector —informó el príncipe heredero tras colgar—. Yiayia no está bien. El doctor está con ella, pero Hector cree que debemos regresar a palacio.

Alex informó a Inez del cambio de planes y ambos regresaron de inmediato a Hellenica. Hector los estaba esperando en la suite de la reina.

—El doctor ya se ha ido. Ha dicho que la úlcera de la reina está causando problemas. Le ha dado medicina para ayudar a curarla y ahora la reina está durmiendo confortablemente. Siento haberos molestado.

—Gracias por habernos informado, Hector —respondió Stasio, aliviado—. Podría haber sido algo más serio. Nos alegramos de que nos lo dijeras.

—Gracias por vuestra comprensión, Sus Altezas.

Stasio miró entonces a su hermano.

—¿Vamos a mi habitación?

A Alex le pareció una idea estupenda. Ambos necesitaban beber algo fuerte.

—¿Príncipe Alexius? —dijo Hector antes de que se marchara—. ¿Puedo hablar a solas con usted?

—Stasi, me reuniré contigo en unos minutos —le dijo entonces Alex a Stasio. Algo marchaba mal.

Una vez que Stasio se hubo marchado, Hector volvió a desconcertarlo.

—¿Podríamos hablar en su habitación, Su Alteza?

—Por supuesto —concedió Alex, aún más desconcertado.

Mientras se dirigían a su habitación, pensó que tal vez Yiayia estaba más enferma de lo que Hector había dicho. Una vez allí, le indicó al asistente que se sentara, pero este prefirió quedarse de pie.

—Te escucho, Hector. ¿Qué ocurre?

—¿Cuándo va a venir mi papi?

Dottie había estado nadando en la piscina de Aurum con Zoe mientras

esperaban a Alex.

–Anoche te dijo que vendría después de tu clase, ¿no es así?

–Sí –respondió la niña–. Quiero que se dé prisa. Espero que Mark no siga enfermo.

–Pues vamos a descubrirlo en breve –comentó Dottie–. Puedo oír el helicóptero de tu padre.

Ambas miraron hacia el cielo. A Dottie se le aceleró peligrosamente el corazón al pensar que Alex se reuniría con ellas en unos minutos.

Estaba enamorada. Lo sabía. Había vuelto a enamorarse por segunda vez en su vida. Pero era una injusticia ya que el hombre del que se había enamorado era un príncipe que en realidad estaba fuera de su alcance. Jamás podrían casarse. Y cuando pasara la coronación le arrebatarían a Zoe y se quedaría completamente sola. Angustiada, se preguntó qué iba a hacer.

Consciente de que Alex necesitaba pasar tiempo a solas con su hija, Dottie subió a su dormitorio, donde se duchó y se vistió con unos pantalones vaqueros y una camiseta antes de comprobar sus correos electrónicos. El doctor Rice le había enviado uno nuevo.

Querida Dottie:

Por fin hemos tenido éxito. La pedagoga que va a sustituirte se llama Miriam Hawes. Llegará mañana a Atenas. Todo está arreglado. Cuando regreses a Nueva York, quiero que te ocupes del caso de una niña de tres años que necesita ayuda. Nos agradecerá tenerte de regreso.

Dr. Rice.

Dottie volvió a leer el correo antes de hundir la cara en las manos y romper a llorar. Zoe entró en su habitación en ese momento.

–¿Por qué estás llorando? –le preguntó, apoyando su carita en la de Dottie–. ¿Te has hecho una herida?

Sí. Dottie se había hecho una herida... en el corazón, una que le había roto este en mil pedazos.

–Me he hecho daño al salir de la piscina –dijo. No era completamente mentira. Se había arañado un muslo al salir de la piscina a toda prisa–. ¿Ha venido Mark?

–Sí. Está corriendo detrás del pavo real. Papi quiere que vengas –informó Zoe.

Dottie no tenía más remedio que salir al jardín a saludar a Alex y al

pequeño Mark. Cuando lo hizo, vio que ambos estaban divirtiéndose en la piscina. Zoe se unió a ellos de inmediato.

–Buenas tardes.

–Buenas tardes –respondió Alex con su sensual voz, mirándola de arriba abajo.

–Me alegra que hayas traído a Mark contigo –contestó ella–. ¿Cómo estás, Mark?

–Bien. Como no tenía fiebre, mi madre dijo que podía venir.

Alex estaba jugando con su hija y en aquel momento la llevaba a hombros. Parecía un dios griego...

–¿Puede venir Mark a la coronación del tío Stasi? –quiso saber Zoe.

Alex devoró con la mirada el hermoso cuerpo de Dottie, que también se metió en la piscina. El día después de la coronación ella se marcharía de Hellenica.

–Su familia ya está invitada.

–¿Mi familia? –preguntó el niño con la impresión reflejada en sus azules ojos.

–Yiayia me ha dicho que tenemos que estar callados –advirtió Zoe a Mark.

–No hablaré –respondió el niño.

–Va a haber una celebración maravillosa en la catedral –explicó Dottie para que el pequeño lo supiera–. Hellenica va a tener un nuevo rey. Y podrás ver cómo le ponen la corona en la cabeza.

–¿Sabéis que la corona imperial de Hellenica pesa casi dos kilos y medio? –terció repentinamente Stasio. Tendré que llevar un saco de harina del mismo peso durante todo el día anterior para acostumbrarme.

–¡Tío Stasi! –exclamó Zoe, alegre.

–Ese soy yo –respondió él antes de lanzarse a la piscina y salpicar a todos–. Será mejor que tengáis cuidado –les dijo a los niños–. He oído que había un tiburón por aquí.

–Oh, oh –dijo Dottie mientras los pequeños gritaban–. Voy a salir del agua.

Sin mirar atrás, entró en palacio y se dirigió a su dormitorio. Pensaba que estaba sola hasta que vio a Alex. Este la había seguido vestido solo con su mojado bañador.

–Se supone que no deberías estar aquí –le dijo con el corazón revolucionado.

–Tengo algo que decirte. La reina ha estado enferma, pero ya se

encuentra mejor y echa de menos a Zoe. Le he prometido que la llevaría de vuelta a Hellenica. Stasi se ha ofrecido voluntario para cuidar a los niños en el avión mientras tú y yo regresamos en el yate. Nos marcharemos en cuanto estés preparada. Toma lo necesario para pasar la noche.

Tras decir aquello, Alex desapareció. Ella tomó un par de cosas. Comprendía que la reina quisiera ver a Zoe. Le animaría mucho. En cuestión de minutos estuvo preparada y se dirigió en limusina al muelle con Alex. Una vez en el yate y con él al timón, le informó del correo que había recibido del doctor Rice.

–Ya lo sabía. Me lo dijo él mismo –informó Alex.

–Había pensado que dadas las circunstancias la nueva pedagoga podía venir con nosotros a Aurum. Yo ayudaría a que Zoe se acostumbrara a ella y la involucraría en nuestros juegos.

Al no obtener respuesta alguna de él, se puso nerviosa.

–La señora Hawes tendrá sus propios métodos, desde luego. Cuando llegue el día de la coronación, Zoe y ella estarán acostumbradas la una a la otra. Sé que será difícil para tu hija despedirse de mí, así que tendremos que tener mucho cuidado.

–Estoy de acuerdo –concedió Alex, que parecía distante. A continuación guardó silencio.

Dottie también lo hizo y logró disfrutar del bonito día que hacía.

–Cuando lleguemos a Hellenica, estarás libre hasta esta noche –informó él tras un largo rato–. Mandaré a alguien a buscarte a las ocho y media. Como la señora Hawes llegará mañana a Hellenica, esta noche terminará nuestro contrato. Por el bien de Zoe, será mejor que esta velada no vayas a desearle buenas noches.

CAPÍTULO 9

AQUELLA noche era diferente a todas las demás noches en la vida de Alex. Necesitaba estar solo con la mujer que le había hecho revivir en muchos aspectos. Solo Dottie había logrado hacerlo.

Una vez que acostó a Zoe tras haber cenado con ella, le pidió a su hermano que le leyera algunos cuentos hasta que la niña se durmiera. Él se dirigió entonces a su avión privado, donde se duchó y se vistió con unos pantalones y camisa negros. Miró el comedor del avión, el único lugar donde tendrían privacidad verdadera y estarían alejados de palacio. Jamás había utilizado aquel avión para asuntos privados, pero en tan solo unos momentos se convertiría en el portal para un futuro con el que jamás se había atrevido soñar.

Cuando su teléfono sonó y Hector le informó de que Dottie estaba esperando fuera del avión junto a él, se sintió muy nervioso.

–Dile que suba –respondió, acercándose a la puerta del avión.

Cuando ella lo vio mientras subía por las escalerillas, se detuvo en seco. Llevaba un vestido rosa y blanco que él no había visto antes. Estaba arrebatadoramente bella. Se había arreglado su bonito pelo rubio en un moño.

Aunque durante el último mes su piel había adquirido un precioso tono dorado, estaba muy pálida. Deseó que fuera debido a la tristeza que le causaba la idea de marcharse y dejarlo. Tal vez había sido cruel engañarla de aquella manera, pero quería tener una prueba de que ella tampoco podía vivir sin él...

–Pasa, Dottie –dijo–. Hay una exquisita cena esperándonos.

—No podría comer, Alex. Siento mucho cualquier molestia que te hayas tomado, pero podríamos habernos ocupado de finalizar el contrato en tu despacho.

—Podríamos haberlo hecho, es cierto, pero mi despacho es un lugar demasiado público para realizar la propuesta que quiero hacerte.

—Entre tú y yo solo puede haber propuestas indecentes —comentó Dottie con frialdad.

Aquellas palabras habrían dejado helado a Alex si no hubiera sabido ciertas cosas de las que ella todavía no era consciente.

—Si terminas de subir y entras en el avión, te explicaré una muy decente en la que no has pensado.

—Si has decidido abandonar a tu familia y a la monarquía y esconderte durante el resto de tu vida en algún lugar apartado, no eres el príncipe que creía que eras —respondió ella sin moverse de donde estaba.

Él se sintió muy emocionado ante aquella respuesta ya que implicaba que Dottie no solo había pensado en qué posibilidades tenían para estar juntos, sino que incluso lo había expresado.

—Entonces te gusta que yo sea el príncipe Alexius, ¿no es así?

—Eso es una pregunta absurda. No podrías ser otra persona. Es quién eres.

—En otras palabras, soy tu Alteza.

—No bromees sobre asuntos serios de esta manera —pidió ella.

—Bromear es la manera que he tenido de sobrevivir hasta el momento.

—¿Por qué has hecho que me trajeran hasta aquí? ¡Quiero la verdad!

—¿Podrías soportar oírla? —respondió él.

—Alex...

—Tengo un plan del que quiero hablar contigo.

—¿Qué plan? No puede haber ningún plan.

—Si subes al avión, te lo cuento. Por si acaso piensas que voy a secuestrarte, te prometo que este avión no despegará —aseguró Alex.

Tras vacilar, Dottie subió las escalerillas y entró en el avión. El auxiliar de vuelo cerró la puerta tras ellos.

—Por aquí —la guió Alex, conteniendo las ganas de tocarla. No era el momento adecuado.

En cuanto entraron en el comedor, oyó como ella gemía. Estaba mirándolo todo como si estuviera realmente aturdida. Él estaba aturdido desde la noche anterior.

—¿Por qué te has molestado tanto? —quiso saber Dottie.

–Porque he pensado que desde que llegaste a Hellenica has sido tú la que has hecho todo el trabajo. Se me ocurrió que por una vez alguien debía hacerlo para ti –respondió Alex, separando una de las sillas de la mesa.

Pero ella no se movió.

–Alex... estás hablando conmigo, con la pedagoga de tu hija. Si hay mentiras entre nosotros, este encuentro es inútil. Deja de dar rodeos, ¿qué sentido tiene que yo haya venido aquí?

–Más del que tú crees.

–Estás siendo muy enigmático. Me marchó –espetó Dottie, dándose la vuelta.

Pero él la agarró por el brazo.

–Todo lo que te pido es que me escuches.

–¿Y si no quiero escucharte?

–Pensaba que, tras todo lo que hemos pasado juntos, confiabas en mí. Creo que sabes que yo confío plenamente en ti, pero parece ser que he cometido un error contigo –dijo Alex, corriendo el riesgo de soltarle el brazo–. Si no quieres tener nada más que ver conmigo, eres libre de marcharte.

–¿Quieres hablarme de Zoe? –preguntó ella sin moverse de donde estaba.

–De Zoe, de ti y de mí. Si te sientas, Hector te lo explicará.

–Hector... –repitió Dottie, confusa.

–Sí. Voy a telefonarlo.

Ella no se sentó, pero Alex decidió telefonear al asistente, que en cuestión de minutos se reunió con ellos.

–¿Su Alteza?

–Por favor, ¿podrías decirle a la señora Richards lo que me dijiste anoche? –le pidió Alex.

–Desde luego. Antes de que el príncipe Alexius se casara, su padre, el rey Stefano, se enteró del problema de corazón de la princesa Teresa y ello le preocupó. Finalmente estableció un codicilo a su testamento que no puede ser alterado. Si la princesa moría antes que el príncipe Alexius y él deseaba casarse de nuevo, Su Alteza, que es segundo en la línea de sucesión al trono, tendría todo el derecho a elegir a su esposa, sin importar si esta fuera de sangre real o no. Pero los hijos nacidos de dicha unión no tendrían derecho al trono.

Alex observó cómo Dottie se sentaba muy despacio en la silla que él había separado para ella. Le dio las gracias a Hector.

–Me alegra ser de ayuda, Su Alteza. Si me necesita, estaré aquí fuera en la limusina –dijo el asistente antes de marcharse del avión.

–Los dioses me han oído –comentó Alex–. Hasta que te conocí, no quería volver a casarme. Y ahora, gracias a mi padre, puedo pedirte que te cases conmigo.

Dottie lo miró con la impresión reflejada en la mirada.

–Me alegra muchísimo que gracias a la intervención de tu padre seas capaz de elegir a tu propia esposa. Queda claro que realmente te quería. Lo que no comprendo es por qué Hector no te lo comentó hace tiempo para que tú hubieras podido encontrar una segunda esposa.

–Hector no me ha dicho por qué, pero supongo que es porque secretamente quiere a Zoe como si fuera su nieta. Él nunca se casó ni tuvo hijos. Creo que verla tan feliz contigo y tan descontenta ante la idea de mi boda con la princesa Genevieve le hizo reaccionar. La reina tiene su fidelidad, pero Zoe tiene su corazón.

–¡Pero solo me conoces desde hace un mes, Alex! –exclamó Dottie–. Eres joven. Tienes muchos años por delante para encontrar la clase de relación con la que has soñado.

–He tenido muchas relaciones que de vez en cuando me han ayudado a paliar la soledad, pero ahora tengo una hija que es tan preciada para mí como lo era tu hijo para ti. Aunque hubiera recorrido el mundo, no habría encontrado una mejor madre para ella que tú.

–¿Es eso todo lo que quieres? ¿Una madre?

–Sabes perfectamente que eso no es cierto. Estoy enamorado de ti. Pero aunque me has respondido físicamente, sé que tu corazón murió cuando perdiste a tu marido y a tu hijo. Tengo la esperanza de que algún día llegues a amarme con la misma intensidad. Con respecto a Zoe, te quiere tanto que comenzó a llamarte mami casi desde el principio.

–Sí, pero...

–Sería una segunda oportunidad para ambos de encontrar la felicidad –interrumpió Alex–. Podríamos formar un hogar donde tú quisieras. Si quieres quedarte en Nueva York y continuar con tu carrera, compraremos una casa allí. Nuestro hogar será nuestro castillo.

La expresión de la cara de Dottie reflejó cierta incredulidad.

–¡Pero tu lugar está en Hellenica! ¡Tu familia y amigos están aquí!

–Gracias a las nuevas tecnologías, yo puedo trabajar desde donde quiera y podremos venir de visita.

–¡Estoy hablando de tu vida!

–Mi vida estaría con mi pequeña familia. No sabes lo mucho que deseo cuidarte. Te amo. Serías mi primera prioridad.

–¿Crees que la reina va a aceptarlo? –preguntó ella. Parecía asustada.

–Mi abuela no tiene nada que decir al respecto.

Dottie se quedó mirando la llama de las velas que adornaban la mesa.

–Siento como si estuviera en medio de un extraño sueño. ¿Qué ocurriría si yo no existiera? ¿Qué planearías hacer entonces con esta nueva libertad que tienes?

A él le dio la sensación de haberse equivocado con respecto a los sentimientos de Dottie. Saber que podían estar juntos legítimamente no había cambiado nada para ella.

–Es una pregunta absurda. Sí que existes. Después de la coronación planeo vivir en Aurum con Zoe tal y como hemos hecho hasta el momento. ¿Debo considerar que esta es tu respuesta?

Al no responder Dottie, Alex sintió cómo morían todas sus esperanzas. Se levantó de la mesa.

–Si estás preparada para marcharte, te acompañaré a la limusina. Hector te llevará de vuelta a palacio.

Cuando Dottie se despidió de Hector, se dirigió a su dormitorio completamente alterada. La propuesta de matrimonio de Alex había alterado su mundo.

Él le había dicho que se había enamorado de ella, pero no le creía. Seguramente había estado cegado por la pasión. Sabía que la deseaba, pero temía que aquella hambre que sentía por ella fuera desapareciendo poco a poco al no continuar siendo ella fruta prohibida. Si se casaran y Alex se cansara de su compañía, no lo soportaría. Estaba perdidamente enamorada de él y no podría aguantar tenerlo para después perderlo.

Rebosante de adrenalina, se acercó al armario y comenzó a hacer las maletas. La señora Hawes se encargaría de seguir trabajando con Zoe por la mañana. La pequeña no estaría muy contenta, pero con el tiempo se acostumbraría. Cuando finalmente tuvo todo preparado, se metió en la cama con la esperanza de dormir. Pero mojó la almohada antes de lograrlo...

Cuando volvió a tener conciencia de la realidad, oyó a un niño llorar. El sonido le llegó al alma.

–¿Cory? –murmuró, abriendo los ojos a continuación.

–¿Dot? –dijo entonces Zoe—. ¿Dot?

–Estoy aquí –respondió ella, contenta de ver a la pequeña.

–Mami –la llamó la niña, subiéndose a la cama con ella.

Dottie la abrazó estrechamente.

–¿Has tenido una pesadilla?

–No. Yiayia dice que ha venido una nueva profesora para ayudarme.
No te vayas, mami, no te vayas –suplicó la pequeña.

–Shh... No te preocupes –Dottie le besó sus húmedos ojos y mejillas.

A continuación le cantó algunas de las canciones que había acostumbrado cantarle a Cory. Tras unos pocos minutos, Zoe comenzó a tranquilizarse. Pero el sonido del teléfono alteró a ambas.

–Quiero quedarme aquí –dijo entonces Zoe.

Dottie tomó el teléfono y respondió la llamada.

–Dottie... –dijo Alex con la ansiedad típica de un padre que no puede encontrar a su hija.

–Zoe está conmigo. Ahora mismo iba a decírtelo.

–Gracias a Dios. Voy para allá.

Él no tardó nada en llegar al dormitorio de Dottie. Estaba realmente pálido. Todavía tenía puesta la misma ropa que había llevado la noche anterior, lo que implicaba que no había dormido.

–No te enfades, papi –suplicó Zoe al verlo, poniéndose de pie en la cama.

Alex se acercó a la pequeña y la abrazó estrechamente.

–Fui a tu habitación para darte un beso de buenos días y no estabas allí.

–Vine a ver a Dottie –respondió Zoe.

–Me has dado un susto muy grande –la reprendió él.

–Yiayia me ha dicho que tengo una nueva profesora y que Dot va a marcharse. No quiero una profesora nueva. Por favor, no dejes que Dot se vaya... –le pidió la pequeña a su padre con un inmenso dolor reflejado en la voz.

Aquello fue demasiado para Dottie, que no pudo contener las lágrimas.

–No puedo hacer que se quede, Zoe –contestó Alex con gran tristeza.

–Sí puedes –protestó la niña.

Él negó con la cabeza y besó los oscuros rizos de su pequeña.

–Vas a tener que aprender que no se puede obligar a la gente a hacer cosas que no quiere. Ven, vamos a dar un paseo hasta la playa y después desayunaremos.

–¡No! –gritó Zoe al comenzar a sacarla su padre de la habitación. Giró la cabeza hacia Dottie-. No te vayas, mami. No quiero marcharme.

Déjame, papi...

A Dottie le angustió la idea de no volverlos a ver. La última vez que había visto a Neil y a Cory había sido cuando su marido había salido de casa con su hijo en brazos para hacer un recado. Ambos habían estado sonriendo. Jamás los volvió a ver con vida.

—Espera, Alex...

Él se detuvo tras unos segundos. El sufrimiento que reflejaba su cara le llegó a ella al corazón.

—¿Realmente quieres casarte conmigo?

Alex dejó a la pequeña en el suelo y se acercó a Dottie.

—¿Te lo habría pedido si no fuera así?

Durante la noche ella se había dado cuenta de que su mayor miedo era que él, como ya era libre para elegir esposa, estuviera apresurándose a casarse con ella y después se arrepintiera.

—Te amo, Alex. Te amo tanto que no puedes ni imaginártelo —confesó, embargada por la emoción—. Deseo ser tu esposa más que ninguna otra cosa en el mundo.

—Cariño... —dijo él, abrazándola—. Te adoro, Dottie. He estado despierto toda la noche pensando en cómo podía lograr que me quisieras —susurró sobre sus labios antes de besarla apasionadamente—. Tenemos que casarnos cuanto antes.

—Estoy de acuerdo —concedió ella, devolviéndole el beso—. Creo que deberíamos decírselo a Zoe.

—¿Tú crees? —respondió Alex, sonriendo—. ¿Por qué no se lo decimos aquí mismo?

Dottie se sentó entonces a la mesa en la que habían dado tantas lecciones. Zoe se quedó mirándola. Los había visto besarse y sabía que ocurría algo.

—¿Vamos a dar una clase ahora? —preguntó.

—No —contestó Alex, conteniendo la risa—. Esta mañana es muy especial y tenemos que hacer planes porque Dottie acaba de decir que va a casarse conmigo.

La pequeña esbozó una sonrisa muy dulce.

—Entonces vas a ser mi mami de verdad, ¿como la de Mark?

—Sí —respondió Dottie, dándole un cariñoso apretón a las manos de la pequeña.

—Los padres de Mark van a tener un bebé. Me lo ha dicho él —continuó Zoe.

–Yo no lo sabía –comentó Alex, poniendo cara de póquer.

–¿Podemos tener nosotros también uno? –quiso saber la niña.

Dottie se rio.

–Por ahora tienes a Baby Betty.

–Si los dioses son buenos, tal vez venga otro bebé –dijo Alex con el deseo reflejado en la mirada.

–¡Un chico grande como tú, papi! –exclamó la niña, emocionada.

–Vamos los tres a desayunar a mi habitación –respondió él–. Haremos planes y después le daremos la noticia a la familia.

Zoe se quedó mirando a su padre, tras lo que le dio un gran beso. Entonces se acercó a Dottie para abrazarla.

–Te quiero, mami.

–Yo también te quiero –contestó Dottie, emocionada. Miró a Alex por encima de la cabeza de la niña–. Os quiero a ambos más de lo que os podáis imaginar.

Mientras desayunaban en el jardín de la habitación de Alex, llegó un paquete para Dottie. Era de una floristería. Ella lo abrió y vio dos docenas de rosas rojas que olían de maravilla. Junto a ellas había una tarjeta.

Por primera vez en la vida me siento como un rey al que se le han cumplido todos los deseos.

Alex besó a Dottie apasionadamente y a continuación se disculpó con su hija y con ella. Quería ir a comprobar cómo estaba su abuela. Les informó de que en pocos minutos regresaría a por ellas para que los tres le dieran la noticia a la reina.

Dottie pensó que la noticia de su compromiso sería terrible para la bisabuela de Zoe y que tal vez llegara a sufrir algo más serio que una úlcera.

Tras esperar a Alex durante dos horas mientras jugaba con la pequeña, comenzó a preocuparse. Zoe parecía muy contenta jugando con sus juguetes, pero ella estaba completamente alterada. Pasó otra hora sin tener noticias de Alex. Cuando dieron las siete, les llevaron la cena al jardín de la habitación, pero continuaron sin saber nada de él. Tras unos minutos, Hector apareció en el jardín mientras ellas comían.

–¿Podría hablar con usted en privado?

–Ahora mismo vuelvo, Zoe –le dijo Dottie a la pequeña–. Voy a estar

en el salón.

—Está bien —respondió la niña.

Dottie siguió entonces a Hector al interior del palacio.

—Obviamente ocurre algo. Hace muchas horas que Alex me dijo que volvería.

—Ha tenido que viajar a Zurich y probablemente no regrese hasta mañana. Me ha pedido que le asegure que jamás habría dejado a la pequeña princesa y a usted si no fuera una emergencia. Le gustaría que se quedaran en su dormitorio.

—Entonces lo haremos —dijo ella, consciente de que Alex había informado a Hector de su compromiso.

Aunque el asistente sabía cuál era la emergencia, nunca se lo diría. Pero sabía que lo ocurrido debía de ser muy serio ya que, si no, su futuro marido no se habría marchado.

—¿Está bien el príncipe?

—Desde luego —respondió Hector tras vacilar ligeramente—. Si necesitan algo, simplemente tiene que pedirlo.

—Estamos bien, Hector. Gracias por informarme. Buenas noches.

A continuación, salió de nuevo al jardín.

—¿Zoe?

—¿Ha venido papi?

—Todavía no. Le ha surgido algo.

—Lo sé —comentó la pequeña—. Son negocios.

Dottie no pudo evitar sonreír ante aquello.

—¿Por qué no vamos a prepararte el baño? Te leeré algunos cuentos.

—¿Vamos a dormir en la cama de papi?

—Sí, por lo menos hasta que venga o telefonee.

La niña emitió un pequeño grito de alegría.

Tras una hora ambas estuvieron preparadas para irse a la cama. Zoe eligió los cuentos que quería de entre los numerosos que una doncella les había llevado a petición de Dottie. Aunque esta estaba nerviosa debido al extraño súbito viaje de Alex, notar el pequeño cuerpo que tenía acurrucado sobre el suyo en la enorme cama de su futuro marido le hizo sentir una calidez en su corazón que no había sentido desde hacía años. Cuando terminó de leer el último cuento, le dio un beso a Zoe en la cabeza.

—Estoy tan agradecida de que pronto vayas a ser mi hija. Te quiero, Zoe.

—Yo también te quiero. Buenas noches, mami.

CAPÍTULO 10

DE MADRUGADA, Alex bajó de su avión privado y se montó en la limusina que le llevaría a palacio. Había estado preparado para quedarse toda la noche en Valleder con Philippe y Stasio, pero ambos hombres le habían animado a que regresara junto a Zoe y Dottie.

No había nada que él deseara más, pero desde la última vez que había visto a Dottie su mundo había cambiado por completo. No podía dar marcha atrás en el tiempo y que las cosas fueran como antes del momento en el que había ido a la habitación de su abuela...

Cuando llegó a palacio, se dirigió a su dormitorio. La carga de lo que tenía que decirle a Dottie le pesaba demasiado.

Cuando entró en su alcoba, le sorprendió ver a su hija sola en la cama, pero su instinto le dijo que Dottie estaba en el jardín y allí salió. De inmediato divisó a su futura esposa en un rincón del jardín. Angustiado, se acercó a ella.

—¿Dottie? —murmuró—. ¿Disfrutando de las vistas?

—Esta clase de belleza va más allá de la perfección —respondió ella, que había salido al jardín al no poder conciliar el sueño debido a lo nerviosa que estaba—. Hector dijo que tal vez no regresaras hasta por la mañana.

—Pensé que tal vez iba a tener que quedarme en Valleder hasta mañana, pero Philippe y mi hermano me han impulsado a regresar.

—¿Por qué has tenido que ir a la residencia de Philippe? ¿Qué ha ocurrido?

—Te mereces una explicación completa y voy a dártela. Pero va a ser larga. Tal vez debas sentarte —respondió Alex.

–Parece un mal presagio –comentó ella con voz temblorosa–. Prefiero quedarme de pie.

–Lo que ha ocurrido es que Stasio ha abdicado de sus derechos a la corona.

Un tenso silencio se apoderó entonces del ambiente y Dottie palideció.

–¿Qué has dicho?

–Según parece llevaba mucho tiempo planeándolo. Cuando rompió su compromiso matrimonial, yo debía haber supuesto que esto sería el siguiente paso. Pero he estado tan centrado en ti que ya no soy la misma persona.

–Cariño...

–Es cierto, Dottie. La razón por la que Stasio estuvo tanto tiempo fuera del país es porque estuvo arreglándolo todo con Philippe.

–¿El qué estuvo arreglando?

–Stasi ha persuadido a nuestro primo segundo para que sea el nuevo rey de Hellenica.

–No puede ser cierto –comentó ella, negando con la cabeza.

–Philippe será capaz de reinar ambos países sin problemas. Las Casas de Valleder y Constantinides están intrínsecamente unidas. A mi primo se le quiere mucho en Valleder. Aquí ocurrirá lo mismo.

–¿No eres tú el segundo en la línea de sucesión al trono? –preguntó Dottie, impresionada.

–Sí, pero Stasio sabe cómo me siento y jamás me pondría en esa situación... sobre todo no ahora que voy a casarme contigo y a marcharme a vivir a Nueva York. Zoe es la tercera en la línea de sucesión y, en un futuro, si quiere, reinará Hellenica cuando Philippe ya no sea rey.

–¿Significa todo esto que ya no va a celebrarse la coronación?

–Efectivamente. Los medios de comunicación darán la noticia mañana por la tarde. Mi abuela seguirá siendo reina hasta que Philippe sea coronado.

–Me sorprende que la reina no esté ahora mismo ingresada en el hospital –dijo Dottie.

–Tal vez termine allí, pero todavía no ha renunciado a la batalla. Los ministros del parlamento deben aprobar por votación que Philippe pueda ser rey de Hellenica. Mi abuela tiene amigos muy poderosos entre ellos. Stasi también. Creo que las votaciones a favor de Philippe prevalecerán, pero la reina ha convocado una asamblea extraordinaria.

–¿Y si los ministros votan en contra de que tu primo sea el futuro rey?

—Entonces mi abuela continuaría reinando hasta su fallecimiento.

—¿Y después qué ocurriría? —insistió Dottie.

—Que el parlamento debería encontrar un heredero entre la estirpe Constantinides. Tenemos un primo lejano que vive en la isla Cuprum, en el mar Tracio. Tiene sesenta y tantos años y podría ser tenido en cuenta para la sucesión. Aun así, no sabemos durante cuánto tiempo vivirá mi abuela. Yiayia tiene una constitución muy fuerte y podría sobrevivirle.

—Es increíble. Tu pobre abuela. Pobre Stasio —susurró ella—. Debía de estar tan desesperado por obtener su libertad que ha renunciado a todo...

—En realidad, yo jamás he visto a nadie tan contento como lo estaba él cuando le he dejado esta noche. Lleva diez años enamorado de una mujer noruega y tenía que tomar una decisión. Finalmente ha elegido a Solveig y es un hombre nuevo, diferente.

—Puedo imaginármelo. En cuanto has dicho que ha abdicado, he supuesto que era por una mujer.

—Yo iba a haber hecho lo mismo que él para estar contigo. Iba a haber renunciado a mis derechos dinásticos con tal de estar junto a ti. Te amo desde el primer momento que te vi. Cuando Hector se enteró de que ibas a marcharte, actuó según los deseos de mi padre y me contó lo del codicilo de su testamento —explicó Alex.

—¿Me amaste desde el principio?

—Ahora me doy cuenta de que me enamoré de ti en el momento en el que entraste en mi despacho y me trataste como a un hombre normal. No sabías el efecto que tuvo en mí. Mi mundo cambió y supe que tenía que tenerte... aunque tuviera que renunciar a mi herencia.

—Alex...

—Te amo con desesperación —continuó él—. Cuando lleguemos a Nueva York, tengo planeado demostrarte lo que significas para mí. Haré lo que sea para que nuestro matrimonio funcione.

—Yo también —declaró Dottie—. ¿No sabes que estoy tan locamente enamorada de ti que también haría lo que fuera por ti? Al principio temí que la única razón por la que querías casarte conmigo era porque yo era fruta prohibida para ti y una figura materna para Zoe. Pero aun así me arriesgué y te dije que sí porque te amo tanto que nada más importa.

—¿Te haces idea de lo que eso significa para mí, Dottie? He regresado a toda prisa de Valleder temiendo que todo esto no fuera más que un maravilloso sueño. Me resulta muy difícil creer que he encontrado a la mujer perfecta para mí y que ella también me ama.

—Entonces cree esto... no quiero regresar a Nueva York contigo. No quiero vivir allí.

—Claro que quieres —respondió Alex—. Es tu hogar.

—Lo fue, pero entonces vine a tu mundo y he llegado a adorarlo. Tú estás aquí. Jamás esperaría que renunciaras a tu modo de vida por mí.

—Estás diciendo eso porque crees que es lo que quiero oír.

—Bueno... ¿no lo es? Estoy diciéndote la verdad. Este es un mal momento para tu familia. Sin Stasio, me necesitas para que te ayude a mantener junta la monarquía. Tu abuela te necesita. Aunque no la he conocido, me cae bien, Alex. De verdad. ¿Por qué debería Philippe o cualquier otro miembro de la familia ser rey de Hellenica cuando eres tú el segundo en la línea de sucesión? Supongo que tu padre lo sabía.

Él no podía creer lo que estaba escuchando.

—Alex, has nacido para ser rey —continuó ella—. Tu país significa muchísimo para ti, si no, no habrías sustituido a Stasio mientras este ha estado fuera. Todo lo que tienes que hacer es aceptar la corona, mi amor.

Muy emocionado, él negó con la cabeza.

—No comprendes. No puedo ser rey si me caso con una plebeya y no voy a renunciar a ti.

—¿Quién dice que no puedes reinar? —respondió Dottie—. No oí nada de una prohibición tal cuando Hector me explicó el contenido del codicilo de tu padre. Solo decía que, si teníamos hijos, estos no tendrían derecho al trono. Será un privilegio de Zoe.

—Todo lo que dices tiene perfecto sentido, pero jamás se ha llevado a cabo.

—Pero eso no hace que sea imposible. Vamos a hablar con la reina ahora mismo. Si es necesario, despiértala y dile que estás dispuesto a reinar Hellenica conmigo a tu lado.

Alex no pudo evitar abrazarla estrechamente.

—¿Qué he hecho para merecerte? No me importa si me convierto en rey o no... siempre y cuando por primera vez realmente haga lo que jamás pensé que sería capaz de hacer.

—¿El qué? —preguntó Dottie entrecortadamente.

Él le tomó la cara con las manos.

—Casarme con la mujer de mis sueños mañana en la capilla de Aurum.

—Alex...

—Será una ceremonia privada solo para nosotros. La iglesia no está abierta al público. Se construyó para uso de la familia. El padre Gregorius

nos casará. Mi amigo Bari, Inez y Ari serán nuestros testigos. Y Zoe, por supuesto.

Dottie se aferró a la mano de Alex al guiarlas este a Zoe y a ella al oscuro interior de la iglesia. La pequeña llevaba puesto un vestido blanco con fajín amarillo. Ella había elegido para la ocasión su vestido de estampado rosa y se había dejado el pelo suelto ya que Zoe le había dicho que a su padre le encantaba de aquella manera.

Inez se acercó y le entregó un ramo de acianos.

—Le pedí que las tomara esta mañana. Tienen el mismo increíble color azul de tus ojos —le susurró Alex al oído a Dottie.

Ella sintió cómo las lágrimas le brotaban de los ojos y vio que le entregaban a Zoe un ramo igual al suyo pero en pequeño. Alex se había puesto un traje de chaqueta azul pálido. Muy elegante, guio a sus dos mujeres al altar, donde Inez le indicó a Zoe que se acercara a ella...

—Príncipe Alexius Kristof Rudolph Stefano Valleder Constantinides, duque de Aurum, ¿acepta a Dorothy Giles Richards como esposa? —preguntó el sacerdote casi al final de la ceremonia—. ¿Para amarla, honrarla y servirle hasta la muerte?

—Sí, acepto.

Dottie sintió como un intenso temblor le recorría el cuerpo.

—Dorothy Giles Richards, ¿acepta al príncipe Alexius como esposo? ¿Para amarlo, honrarlo y servirle hasta la muerte?

—Sí, acepto —respondió ella, incapaz de creer que aquello estuviera realmente ocurriendo.

—Os declaro marido y mujer —dijo entonces el padre Gregorius—. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Amén.

—Amén —declaró Alex después de Dottie.

—¿Desean simbolizar los votos? —preguntó el sacerdote.

—Yo sí, padre —contestó Alex, tomando la mano izquierda de Dottie y colocándole un anillo de zafiro en su dedo anular.

—Puede besar a la novia.

Emocionada, ella pensó que Alex era ya su marido. ¡Era su vida! Sin importarle nada, levantó la boca para que la besara. Necesitaba desesperadamente sentir sus labios sobre su boca.

Mientras estaban allí de pie fundidos el uno en el otro, Zoe se acercó corriendo a ellos y los abrazó por las piernas.

—¿Estáis casados ahora, papi?

Alex se apartó entonces de Dottie para tomar en brazos a su hija y darle un cariñoso beso.

–Estamos muy, muy casados.

Zoe se rio tontamente y se giró hacia Dottie, que no pudo evitar abrazarla.

Bari se acercó a ellos a su vez y le dio un abrazo a su amigo antes de besar una mejilla de Dottie. A continuación, fueron Inez y Ari los que subieron al altar.

–Felicidades, Sus Altezas –les dijeron a Alex y Dottie.

–Apreciamos mucho toda vuestra ayuda –agradeció él, apretándoles la mano.

–Ha sido un placer.

Tras la ceremonia hubo una pequeña celebración en el cenador del palacio de Aurum. Pero tanto Bari como Ari tuvieron que retomar pronto sus quehaceres e Inez les preparó algo de comer.

En un momento dado el pavo real se paseó delante de la mesa y Zoe salió corriendo tras él, por lo que los recién casados se quedaron a solas.

–¡Por fin solos! –exclamó Alex, tomando en brazos a su recién estrenada esposa–. Feliz día de su boda, señora Constantinides.

–Te amo, cariño –dijo Dottie–. Gracias por la ceremonia tan simple y bella que has preparado. Me ha encantado. Y también me encanta mi anillo. Siento no haber tenido uno para ti.

Él le dio un apasionado beso en la boca.

–No quería uno. No me gustan los anillos y preferiría no llevar ninguno. Aunque tengo siete, todos con piedras preciosas. El único que no tiene piedras es este –comentó, levantando la mano derecha, donde llevaba el anillo con el emblema ducal–. Como tengo que llevarlo, me lo voy a quitar para que puedas ponérmelo en el dedo anular de mi mano izquierda.

En ese momento se quitó el anillo y se lo entregó a Dottie, que se lo puso donde le había dicho.

–¿Lo llevaste en esta mano cuando estuviste casado con la madre de Zoe? –preguntó ella sin mirarlo a la cara.

–No. Teresa me dio un anillo de la casa de Valleder. Tras su muerte me lo quité y lo guardé con los otros anillos que Zoe heredará algún día.

Dottie miró entonces a su marido a los ojos y supo que estaba pensando en otra cosa.

–Tienes noticias. Lo veo reflejado en tu mirada.

–Así es. Hector le ha explicado la situación a la señora Hawes y le ha

ofrecido dos semanas de vacaciones pagadas en Hellenica si ella quiere disfrutarlas. Ya no tienes que preocuparte de que haya hecho el viaje en balde.

—Oh, gracias, cariño. Es muy generoso por tu parte —respondió Dottie—. ¿Qué más vas a contarme?

—Antes de que nos marcháramos de Hellenica esta mañana, mi abuela me dijo que el voto del parlamento era unánime. Quieren que yo sea rey. Y ella también —reveló Alex.

Aquella noticia era tan maravillosa que ella lo abrazó por el cuello.

—Vas a ser el mejor rey que haya tenido jamás este país. Soy la mujer más afortunada del mundo al ser tu esposa. Prometo ayudarte a hacer tu vida más fácil. Te lo juro.

—Dottie... —dijo él, abrazándola estrechamente—. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Pasado mañana me coronarán rey. La reina quiere que regresemos de inmediato a palacio para decidir los detalles de nuestra boda. Vamos a tener que celebrar otra ceremonia antes de la coronación. Quiere conocer a la plebeya que le ha robado al corazón a su bisnieta y a su nieto.

—Tengo muchas ganas de conocerla y de volver a emitir mis votos —aseguró Dottie, llorando—. Te amo —añadió, besando toda la cara del futuro rey.

—Dios salve al rey —dijo el arzobispo de Hellenica tras la ceremonia de coronación.

Alex, ya rey, estaba arrebatadoramente guapo vestido con un traje de chaqueta azul oscuro y fajín rojo. Zoe llevaba puesta una tiara y un largo vestido blanco. Estaba sentada como toda una princesita entre Dottie y su bisabuela, que había acudido a la ceremonia en silla de ruedas. Stasio estaba sentado delante de ellas y Solveig, la mujer que amaba, se encontraba entre la muchedumbre. A Dottie le había caído muy bien y se imaginaba que habría otra boda en poco tiempo.

El rey Philippe y su embarazada esposa estadounidense estaban sentados junto a Stasio. Durante los anteriores días, Dottie había llegado a conocerla y había encontrado en ella una amiga.

En un momento dado, el arzobispo pidió que la princesa Dorothy se levantara para acompañar a Alex fuera de la iglesia. Dottie se ruborizó al darse cuenta de que era ella. Se apresuró a acercarse a su marido y tomarlo de la mano. En un gesto muy íntimo, él la miró de arriba abajo; analizó con la mirada la tiara que llevaba sobre la mantilla blanca que se había puesto

para la boda, su bonito vestido blanco de novia y sus zapatos de raso. Le había dirigido la misma mirada aquella mañana al haber comenzado ella a levantarse de la cama. Cuando le había recordado que debían haberse levantado hacía una hora, él la había abrazado y colocado sobre sí... para hacerle el amor con una insaciable hambre.

Su marido no dejó de apretarle la mano mientras se dirigían a la gran puerta de la catedral. En lo más profundo de su corazón sabía que, si Neil y Cory estaban viéndola, se alegrarían por ella.

Sonrió a los invitados que había a ambos lados del pasillo central del templo, entre los que se encontraban Mark y sus padres, Bari y su familia y Hector.

Cuando finalmente salieron de la catedral, se oyó una gran ovación. Alex la ayudó a subir al carruaje descapotable que los estaba esperando. A continuación ayudó a Zoe a subir junto a ellos. La pequeña los había seguido al salir de la catedral. Una vez que él también subió y cerró la puerta, las campanas comenzaron a sonar por toda la ciudad. Casi al mismo tiempo, la multitud pidió que el príncipe Alexius besara a la princesa Dot. De alguna manera había corrido la noticia de que la princesa Zoe llamaba a su nueva madre Dot.

—No me molesta hacerlo —dijo Alex antes de besarla apasionadamente.

A Dottie se le cayó la tiara. Emocionada, la multitud enloqueció. Los caballos comenzaron a moverse.

Mientras él volvía a ponerle la joya a su esposa y miraba a ésta embelesado, Zoe interrumpió el momento...

—¿Pesaba mucho la corona, papi? —quiso saber.

—Muchísimo. Tu tío Stasio no estaba bromeando.

—¿Puede venir Mark con nosotros en el carruaje, mami?

—Hoy no, pero mañana lo verás. Hay cientos de niños en las calles con sus familias. A todos les encantaría montar en este carruaje contigo. Salúdalos. Están muy emocionados de verte.

—¿De verdad?

—Sí —respondió Dottie—. Piénsalo... hoy tu país tiene un nuevo rey y es tu papi.

Alex volvió a besarla y le dejó claro con sus labios que no podía esperar a volver a estar a solas con ella. Cuando llegaron al palacio y se bajaron del carruaje, la limusina que llevaba a la reina y a Stasio se detuvo detrás de ellos. Todos entraron juntos en palacio.

—Alex, ¿por qué has tenido que besar a Dottie de esa manera delante de

miles de personas? –le reprendió su abuela–. Lo sacarán en todas las noticias.

–No sé cómo besarla de otra manera, Yiayia –respondió él.

–¿Vamos a tener un bebé ahora? –preguntó inoportunamente Zoe.

–¡Oh, Zoe, por favor! –espetó su bisabuela–. No hagas preguntas de ese tipo delante de la gente. Va a celebrarse una recepción en el gran comedor y espero que te comportes como la princesa que eres.

Sin inmutarse, Zoe se dirigió a Hector.

–¿Puede Mark sentarse a mi lado?

Mientras modificaban algunos detalles para cumplir el pequeño capricho de la princesa, Alex apartó a Dottie a un lado y la llevó a una habitación vacía, donde volvió a besarla con pasión...

–Lo necesitaba –murmuró tras apartar los labios de los de ella–. Estabas increíble en la catedral, parecías una visión. Prométeme que no eres un fragmento de mi imaginación. No podría soportarlo.

Dottie le dio un beso en la barbilla.

–Esta noche, cuando finalmente estemos solos, te demostraré que no lo soy. Me alegro tanto de haberme casado con un miembro de la realeza. Me encanta la idea de irme a la cama con mi marido y mi señor. Suena muy decadente y perverso, ¿no crees?

–Dottie...